

# LA ILUSTRACION CATOLICA



## PRECIOS DE SUSCRICION

	Península.	Extranjero.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Numero suelto real y medio.

## DIRECTORES

LITERARIO

RELIGIOSO

D. VALENTIN GOMEZ || D. FRANCISCO CAMINERO

PROPIETARIO

JOSÉ AMALIO MUÑOZ

ADMINISTRACION: Calle de la Villa, número 4

## PRECIOS DE SUSCRICION

	Semestre.	Un año.
Cuba y Puerto-Rico .....	2 1/2 pesos.	4 pesos.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »
En los demás estados de América fijan los precios los señores Agentes.		

ÉPOCA 2.<sup>a</sup>—AÑO II.

BIENOTECIA  
MUNICIPAL  
MADRID

Madrid 14 de Julio de 1878

NÚMERO 2.<sup>o</sup>

## SUMARIO

TEXTO: Advertencia importante.—Nuestros grabados, por A.—Revista de la semana, por D. Valentin Gomez.—La Leyenda de Alberto Magno, conclusion, por D. Alejandro Pidal y Mon.—Las tres amigas, por N. Conde.—A...; poesia, por F. M. Melgar.—El Castillo de terciopelo, novela de Paul Féval, traducida por D.<sup>a</sup> Balbina Antúnez.—El premio a la caridad.—Misceláneas.—Epigramas.—Jeroglífico.

GRABADOS: Lord Beaconsfield.—Cláustro de San Juan de los Reyes, en Toledo.—El aquarium.

## ADVERTENCIA IMPORTANTE

Toda la correspondencia que el día 4 del presente debió recibirse en la Administracion de este periódico, fué secuestrada, no sabemos por quién, sin que hasta la fecha hayan llegado á nuestro poder las cartas y periódicos correspondientes á aquella fecha.

Los tribunales entienden en este escandaloso asunto; pero entre tanto, nosotros debemos advertirlo á nuestros suscritores, para que nos remitan las libranzas duplicadas, ó vuelvan á escribirnos, repitiendo lo que nos dijeran en sus cartas de aquella fecha.

## NUESTROS GRABADOS

Lord Beaconsfield, primer ministro de Inglaterra.—¿Quién es ese respetable anciano, de rostro más bien cándido que malicioso, de elevada estatura, de reposado continente y de fisonomía marcada con los rasgos más característicos de la raza hebrea? Un antiguo novelista, hijo de familia nada distinguida, que por sus pasos contados, trabajando sin tregua, dando señaladas muestras de su valer, llegó á ser uno de los hombres más importantes del partido conservador ó tory, en Inglaterra, y hoy es su jefe, primer ministro

de la reina Victoria, y lord y conde de Beaconsfield; es decir, individuo de la gran aristocracia inglesa, que para conservar su preponderancia intelectual en aquel país, tiene la virtud de asimilarse á todos los hombres de verdadero mérito, sin contar para nada con los antecedentes de su sangre.

El que hoy es conde de Beaconsfield, se llama Benjamin Disraeli; y para probar lo que es este hombre, que hasta ahora ha sabido evitar la guerra con Rusia y dominar en el Congreso de Berlin, y sacar el mayor provecho de esta reunion, adqui-

riendo la isla de Chipre, que poseia el imperio turco, y firmando un tratado de alianza ofensiva y defensiva con este imperio, vamos á copiar los interesantes párrafos que acerca de este punto escribe un diario francés, en los cuales se pinta á lord Beaconsfield de una manera por demás interesante y curiosa.

Dicen así:

«Los ministros ingleses anunciaron ayer en el Parlamento que acaba de ser firmado un convenio condicional entre Inglaterra y la Sublime Puerta.

El convenio no será valedero naturalmente hasta despues de haber sido confirmado por las Cámaras, en atencion á que se relaciona con la política y la Hacienda de la Gran Bretaña; tratase nada ménos que de un tratado de formal alianza defensiva con Turquía; Inglaterra defenderá á Turquía contra toda agresion futura, sólo que el telégrama no dice terminantemente si se trata solamente de la Turquía de Asia, ó tambien de la Turquía de Europa.

Se comprende que Inglaterra no haya firmado sin compensacion un tratado de esta especie. La Puerta le cede la isla de Chipre, tan ventajosamente situada á la extremidad oriental del Mediterráneo, casi en las costas de Siria y del Asia Menor, á algunas horas de Port-Said y del canal de Suez.

La noticia de este tratado se propagó ayer en Paris; pero hasta la noche no adquirió certeza para poder anunciarla. La noticia será comunicada hoy mismo al Congreso, y mañana sabremos cómo será acogida.

¡Hé aquí, pues, la sorpresa que nos preparaba lord Beaconsfield! Ya hace algunos días que se hablaba de negociaciones secretas entre mister Layard y los ministros turcos. El misterio era guardado cuidadosamente; sólo se sabia que se preparaba alguna cosa. Nos preguntábamos nosotros mismos si lord

## EL CONGRESO DE BERLIN



LORD BEACONSFIELD

Ayuntamiento de Madrid



Beaconsfield había por casualidad depositado su plan en casa de un notario y debía dejarlo allí.

No: M. Disraeli lo había depositado en una novela, donde durmió más de treinta años, y donde sale hoy para entrar en el dominio de la realidad. La novela de M. Disraeli se llamaba *Tancredo o la nueva cruzada*. Es una de esas obras singulares, mezcla de misticismo, pasión y aventuras, profundamente original, como todo lo que sale de la pluma del novelista hombre de Estado. Sólo la posteridad podrá juzgar á lord Beaconsfield; pero nosotros, según la frase de Pascal sobre el hombre, no nos encargamos de «desenredar este embrollo.» ¿Justificará el éxito empresas llevadas á cabo de esta suerte? No lo sabemos. Lo seguro es que lord Beaconsfield, en medio de la uniformidad que caracteriza casi á todos los hombres de nuestro tiempo, no es un espíritu vulgar: escapa á las nomenclaturas comunes, y se presenta á sus contemporáneos como un enigma muy difícil de descifrar.

Pero volvamos á su libro: hablaremos de su última sorpresa de teatro, cuando conozcamos mejor los pormenores. El argumento de la novela no merece ser contado; todo el interés consiste en las ilusiones que se forja el héroe, y á las cuales el autor no parece haber renunciado.

Tancredo es un inglés que va á buscar á Asia el «misterio de Oriente.» Concluye por enamorarse de una judía, llamada Eva, y pronto ve en la alianza del elemento anglo-sajón y del elemento semítico el principio regenerador del mundo.

La regeneración, como en otro tiempo, vendrá de Oriente. «Cuando Asia está en decadencia, dice, Europa está en confusión.» ¿Qué debe hacerse para librar á Asia de la decadencia y á Europa de la confusión, puesto que los dos términos son correlativos? Aquí citamos las siguientes palabras: «Que la reina de Inglaterra reúna una gran flota, que se haga acompañar por toda su corte y por los personajes más importantes del país, y que transporte la silla de su gobierno de Londres á Delhi. Allí hallará un inmenso imperio, un ejército de primer orden y rentas considerables. Siria y el Asia Menor reconocerán á la emperatriz de las Indias como su soberana, y le asegurarán las riberas de Levante. Cuando quiera, tendrá á Alejandría, lo mismo que hoy tiene á Malta. Esto se hará fácilmente. Así será creado el mayor imperio que existió, porque la única parte difícil de la obra, la conquista de la India, la cual no consiguió Alejandro el Grande, ya está hecha.»

Hay, repetimos, más de treinta años que estas líneas están escritas; los que las leyeron no experimentaron, sin duda, gran impresión, pero no se habían borrado del espíritu del hombre donde nacieran. La reina de Inglaterra se llama ahora emperatriz de las Indias; el príncipe de Gales ha ido á recibir á Delhi los homenajes de los príncipes del nuevo imperio; la ficción se ha convertido en historia, en gran parte; Alejandría es de Egipto; pero hé ahí á Chipre en manos de los ingleses. ¿Vale más Alejandría que Chipre? Egipto pudiera ser un embarazo más bien que un recurso. Chipre es un admirable punto, que puede fácilmente convertirse en gran establecimiento militar y marítimo. El equilibrio del mundo político cambia, y parece girar como el planeta de Occidente á Oriente.

Lo que era Malta en otro tiempo en el centro del Mediterráneo, Chipre puede serlo al Este. No puede negarse que, abandonando los principios generales para no pensar más que en el interés particular de Inglaterra, lord Beaconsfield calculó hábilmente un movimiento y apoderóse de bella presa.

¿Quién dirá hasta qué punto las antiguas reminiscencias y el instinto particular de su razón influyeron en la conducta de lord Beaconsfield? El tuvo siempre sus razones para creer en el poder de vida y de propaganda de la raza semítica. Decía en su novela: «Los árabes son eternamente jóvenes; son el único pueblo que no está gastado. El turco no es árabe; su época terminó; el trabajo de organización de Asia debe hacerse bajo la protección de la emperatriz de las Indias y con el concurso activo de Inglaterra.» De los rusos habla muy mal Tancredo. Los rusos, dice, no respetan el rosario, sino cuando es de diamantes; es necesario alejarlos de esta Asia, que debe ser trasformada por los árabes. ¿Y los griegos? ¿No tuvo lord Beaconsfield un momento de debilidad por los griegos? ¿No creyó que Oriente podría, con el concurso de Inglaterra, ser regenerada por esta raza tan inteligente y activa? Si; lord Beaconsfield experimentó también la

seducción que ejerce Grecia por sus recuerdos y sus promesas.

Dudó entre Atenas y Chipre. Lo mismo hizo Tancredo. Tancredo, después de grandes trabajos, llegó á casa de la reina de los Ansarianos, y la reina, nueva Dido, le amó. Le condujo á un templo en medio de las montañas, y de repente todas las divinidades de Grecia aparecieron delante del héroe admirado. Allí el imponente Júpiter, el magnífico Apolo, y en fin, en un trono de rosas á la más dulce y la más atractiva de las diosas, Venus y Astarté en persona. La tentación es poderosa, y Tancredo está agitado hasta el fondo del alma. Sin embargo, resiste. ¿No ama á Eva la judía? ¿No tiene principios fijos? ¿No sabe que si Europa debe ser arrancada á la confusión y el Asia libertada de la decadencia, no será por las cualidades brillantes de la Hela, sino por las enérgicas virtudes de la raza semítica? Tancredo evita el peligro y el mundo se salva, ó por lo menos está á punto de salvarse cuando concluye la novela.

Treinta años después de la novela comienza la historia; los pormenores acaban de desarrollarse á nuestros ojos.

El *Memorandum* Salisbury-Schouvaloff fué firmado el 30 de Mayo; el Congreso se reunió el 13 de Junio, y el convenio anglo-turco tiene la fecha (¿puede creerse?) del 4 de Junio. Los sucesos se desarrollaron pronto, pues habían sido preparados con mucha anticipación. Lord Beaconsfield debió experimentar gran conmoción cuando oyó á M. Waddington defender la causa de los griegos. ¡Grecia seductora y pérfida! El ministro británico estuvo cortés con ella, como Tancredo con la reina de los Ansarianos, pero se distraía al hablar; sus miradas se volvían del lado de la Siria, y se detenían con complacencia en la isla de Chipre.

Las correspondencias diplomáticas que acaban de ser distribuidas al Parlamento, muestran que ya hace más de un mes que el asunto había sido arreglado por M. Layard.

Hoy los velos caen, y lord Beaconsfield aparece en todo el esplendor de su idea. ¡No importa! Los antiguos hombres de Estado ingleses deben sorprenderse é inquietarse con estos procedimientos nuevos por completo. La imaginación es una bella facultad, pero los mismos poetas están acordes en considerarla peligrosa.

Si un país en el mundo parecía estar al abrigo de los accidentes que aquella facultad puede causar, era el país del buen sentido, la prudente y sabia Inglaterra. Se había contado sin la raza semítica, cuyo centro está en Oriente, pero cuya circunferencia está en todas partes.

Ahora que cada cual interprete á su manera el carácter de este hombre singular, que si ha engañado á sus compañeros de Congreso por llegar á la realización de su idea, no lo ha hecho seguramente abusando de la buena fé y de la sinceridad de gobernantes desinteresados.

**Cláustro de San Juan de los Reyes en Toledo.**—Este suntuoso monasterio, conocido y celebrado en toda Europa por los amantes del arte, es debido á la cristiana piedad de los Reyes Católicos, como dijimos en el número 18 de nuestra publicación del año anterior, al dar la vista del interior de la misma iglesia.

El cláustro, que era la admiración de nacionales y extranjeros hasta que la demoledora y vengativa saña de los soldados de Napoleon le redujo al mismo estado en que hoy le vemos, es de planta cuadrada, y se componía de 24 bóvedas sostenidas por arcos tan ligeros como elegantes, y cruzados de aristones y resaltes donde se admira el exquisito gusto del siglo más dichoso para las bellas artes. La vandálica mano de los soldados franceses destruyó por completo en 1808 la parte del mediodía y poniente de esta magnífica fábrica.

Hoy todavía se recrea la vista y la atención del viajero contemplando en la parte del Norte y del Oriente las bellas repisas de los pilares, los delicados ropajes y bien ejecutadas cabezas de los santos de la orden de San Francisco, que se ven graciosamente agrupados en los ángulos y cubiertos de lindísimos doseletes, y los follajes, animalejos y otras labores del más delicado gusto gótico, que se admiran do quiera se fije la vista del observador.

**El aquarium (en la Exposición de París).**—Bajo un elegante y accidentado jardín, el curioso que ha gastado su dinero en ver la Exposición de París, admira el gran aquarium construido con ped-

zos de roca que forman un caprichoso laberinto, donde el arte ha robado á la naturaleza una buena parte de sus sorprendentes maravillas.

El agua cae en cascada sobre algunos recipientes, donde nadan peces de mil diferentes clases, y en otros lados del *aquarium*, gran número de pequeños lagos, abiertos entre las rocas y contenidos con cristales, ofrecen á la observación del espectador una idea aproximada de la vida de los pescados en el fondo del mar, cuyos misterios parecen descubiertos para admiración y recreo de los visitantes de la Exposición de París.

A.

## REVISTA DE LA SEMANA

En medio de tantos motivos como tenemos los católicos para no vivir satisfechos en el mejor de los mundos posibles, según declaran algunos que lo manejan á su gusto, hay algo que nos consuela y nos anima; algo que no se nos concede por nuestra buena cara ni á modo de regalo, porque se funda en el cumplimiento de la ley; pero que aún así y todo, tenemos que agradecer, como agradece el acreedor lo que el deudor quiere pagarle cuando no contaba con ello.

Ese algo es el restablecimiento de las órdenes religiosas en muchos puntos de la monarquía.

Hace poco, en la provincia de Teruel y en un antiguo convento que ha pasado por las vicisitudes propias de estos tiempos, en que tantos cuarteles y tantas oficinas públicas se han abierto en las desiertas casas del Señor, se establecía una comunidad de religiosos carmelitas, casi todos los cuales habían sido expulsados del mismo recinto que ahora vuelven á habitar.

Antes de partir para su antigua casa, vimos nosotros en Madrid á dos de esos venerables ministros de Dios, amigos nuestros desde hace muchos años. No se figurarán nuestros lectores la santa alegría con que esos veteranos de la milicia de Cristo volvían al convento, donde pasaron los mejores años de su juventud.

El inexplicable gozo que siente el hombre al volver á su hogar después de haber pasado largo tiempo entre el bullicio de un mundo que detesta, puede sólo compararse al gozo de nuestros amigos al tomar el camino del convento.

Sentíanse como rejuvenecidos en su cuerpo y en su espíritu. El desierto que iban ellos á habitar, separado del resto del mundo hasta por la dificultad de las comunicaciones, parecían un paraíso; sus modestas celdas, palacios encantados; el desolado paisaje, un vergel incomparable por su vegetación y su hermosura.

Y es que á la fuerza irresistible de una verdadera vocación para la vida del cláustro, se une eso que suele llamarse la religión de los recuerdos; porque, en efecto, todos rendimos una especie de culto á las impresiones más vivas de nuestra niñez ó de nuestra juventud, sobre todo, cuando esas impresiones están fuertemente adheridas al sentimiento religioso.

¿Qué maravilla que nuestros buenos carmelitas dejaran correr las lágrimas al acercarse á aquella casa que era la suya, la casa de sus padres, de sus hermanos y de sus pobres, más amada todavía para el hombre cristiano que la misma casa donde nació?

Otro tanto acontecerá seguramente con los franciscanos, que, bajo la dirección del R. P. Fray Francisco Malo, Provincial de la Orden, van á establecerse dentro de pocos días en su convento de la villa de Cehégín (Múrcia); y donde quiera que reaparezcan esos infatigables obreros de la virtud, su propia alegría se transmitirá á los honrados pueblos en cuyos términos habiten, porque los pueblos, menos ciegos por sectarias preocupaciones que algunos titulados estadistas, comprenden cuánto van á ganar su instrucción, su moralidad y su amor al trabajo con el ejemplo y la enseñanza de esos que la calumnia revolucionaria llama *holgazanes*, y que la historia del mundo coloca entre los obreros más útiles y más laboriosos del género humano.

¡Que Dios bendiga á esos santos regeneradores de la sociedad, y que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos recojan el fruto inapreciable de la semilla por ellos arrojada en la tierra de España!

En cuanto al gobierno, que no pone obstáculo al restablecimiento de las órdenes monásticas, nues-



tra imparcialidad nos obliga á tributarle debidas alabanzas por ese acto de *estricta justicia*, que á lo ménos, nos hace entrar en el concierto de las naciones civilizadas, con harto más motivo que ciertas libertades y ciertos principios cuyas amargas consecuencias están sintiendo países tan poderosos como la dictatorial Alemania.

En diversos puntos de Cataluña y de otras provincias, se ha alterado también el orden con motivo del impuesto de consumos, aunque afortunadamente en ninguna parte los sucesos han tenido el carácter de gravedad que en Manresa.

También parece que por la frontera catalana quisieron penetrar hace pocos días unos hombres armados, bajo el mando de un conocido agitador republicano; pero las autoridades francesas lo impidieron á viva fuerza.

Lo que, por desgracia, ni las autoridades francesas, ni las españolas, ni las de ninguna parte han impedido, es el robo á mano armada de un tren que iba de Valencia á Barcelona, llevando únicamente tres coches de primera clase, en combinación con el *express* de Francia.

Al salir del túnel de Martorell, antes de llegar á la estación de Papiol, el maquinista, viendo la luz verde del farol de guardia, dió los silbidos de alarma y paró el tren. Acto continuo, diez y seis hombres, vestidos en su mayor parte de caballeros, asaltaron la máquina y los carruajes, y calculen nuestros lectores la piadosa tarea á que se entregarían aquellos honrados discípulos de Jaime el Barbudo... y de Proudhon.

A un pobre inglés, que llevaba bastantes valores, le arrancaron hasta los botones del chaleco para desbalijarlo más aprisa.

Probablemente el inglés, que no hablaba el castellano, se quiso hacer el sueco; pero los caballeros ladrones le explicaron en la lengua universal de los puños, que se trataba de una incautación con todas las reglas de vivir á costa ajena.

En el espacio de un mes se ha repetido dos veces la misma función.

El inglés, al tener noticia del robo precedente, habrá escrito en una hoja de su cartera:

«En las líneas férreas de España, unas veces se dice *parada y fonda*, y otras *parada y ladrones*. Los ladrones son unos caballeros con poca educación y con mucho trabuco.»

También eran caballeros los que robaron al marqués de Mudela.

Con este motivo, la *chulapería* está que trina. Dice que los caballeros la han quitado el oficio, y que ya no se puede vivir en este pícaro país.

Tiene razón que le sobra. Sólo que hay un remedio para este mal. Ya que los caballeros se echan á ladrones, échense los ladrones á caballeros (cosa nada nueva en nuestro tiempo), y se restablecerá completamente el equilibrio social.

A propósito de todas estas cosas: ¿quieren ustedes decir á cómo estamos de Congreso europeo?

Nosotros no oímos otra palabra que *paz, paz, paz*, y ya casi nos hemos llegado á creer que entramos á toda vela en el seguro puerto de la paz universal.

Inglaterra, por de pronto, se ha hecho dueña de la isla de Chipre, y se declara protectora del imperio otomano.

Las fronteras de la Rumelia y la Bulgaria se han deslindado, según parece, de comun acuerdo entre los representantes de las potencias; pero no sabemos aún cómo y bajo el mando de quién se establecerá el nuevo principado.

Los rumanos están furiosos por que no se tienen en cuenta sus intereses.

Austria se dispone á invadir la Bosnia y la Herzegovina, cuyos habitantes no gustan de semejante visita.

Turquía cede á regañadientes las plazas que Rusia exige.

Y Alemania, siempre desinteresada y generosa, nada quiere para sí, sino la satisfacción de haber arreglado el conflicto de manera... que dentro de poco se arme en todas partes una zambra de dos mil de á caballo.

Por supuesto, nadie se fía en el desinterés de Alemania; pero nosotros... ménos que nadie.

En cuanto al golpe dado por Inglaterra con la adquisición de la isla de Chipre, bien podemos asegurar que es uno de esos golpes, cuyos efectos se

sienten mucho más al cabo del tiempo, que en seguida de recibirlos.

Como los balazos.

Sin duda los graves asuntos del Congreso europeo han debido llamar toda la atención del señor Arderius, cuando ha adoptado y puesto en escena una obra en dos actos, titulada *El último paraguas*, que el público recibió con muestras tan expansivas y regocijadas, que esta es la hora en que todavía el eco de los silbidos resuena en los jardinillos de Recoletos.

Ha sido una de las noches más divertidas de la presente temporada.

Había quien echaba de ménos unas naranjitas para regalárselas al empresario, que con tan singular *idiosincrasia* ha explotado, durante largos años, la nécia tolerancia del público, con un género tan enemigo de la moralidad como del arte y del ingenio.

Gracias á Dios, el público va volviendo en sí, y comienza á dar á cada uno su merecido.

Lo absurdo, lo monstruoso y lo extravagante han alcanzado, en lo cómico como en lo dramático, una boga que amenazaba dar definitivamente al traste con el sentido común. Pero el sentido común se apresta á reivindicar sus derechos, y los explotadores de la estúpida tolerancia del público ven que el negocio se les va de entre las manos con más rapidez todavía que se les vino.

Ya es hora; y ¡ojalá que el sentido común no vuelva á sufrir que lo arrastre por el suelo el espíritu soez de la desvergonzada especulación!

Alguien dirá que somos demasiado claros. ¿Qué le hemos de hacer? Las cosas, claras... y el agua del Lozoya, turbia.

Nadie ha gastado en nosotros cerca de cuatrocientos millones de reales para que perdamos nuestra ingénita claridad.

Este privilegio está reservado al gran Canal que provee de aguas á la coronada villa, y de tercianas y tifus á sus habitantes.

Madrid no ha pensado en otra cosa, durante muchos días, más que en el agua.

Las fuentes de los antiguos viajes parecían el Banco de España en épocas de cola ó la casa de doña Baldomera cuando recibía el dinero de los incautos.

Ha habido cuba de agua clara que se ha pagado como una cuba de vino puro.

La del Lozoya servía para pintar puertas. Cualquiera podía, y aún puede, porque sigue el turbion, hacerse su estatua de barro crudo, metiéndose en un baño del ex-líquido ex-cristal.

Con razón exclamaba un amigo nuestro, contemplando la amarillez del agua consabida: yo no veo claro en este asunto.

Y en efecto, por muchas vueltas que uno le dé, siempre está turbio.

El ayuntamiento dice que no tiene nada que ver en este negocio, y dice bien, á lo que parece.

El ministro de Fomento ha declarado que sólo se puede remediar el mal haciendo un nuevo y gran depósito, suficiente para las necesidades de la población de Madrid, que ha crecido de una manera extraordinaria.

Pero el depósito tardará en hacerse tantos años como el otro; se hará tan mal como el otro; y cuando haya aumentado otra vez la población de Madrid, tendrá los mismos inconvenientes que el otro.

¡Ya ven ustedes si el remedio es consolador! En España estamos condenados á que no se hagan jamás las cosas bien desde el principio.

Y es porque en España, donde el ingeniero discute leyes, el abogado dirige canales, el médico explica economía política, el general perora en los parlamentos y el filósofo forma planes de campaña, todos servimos para todo, aunque en realidad no aprovechemos para nada.

También esta es una verdad muy clara, que no se parece á las aguas del Lozoya.

VALENTIN GOMEZ.

## LA LEYENDA DE ALBERTO MAGNO

(Conclusion.)

De pronto las campanas del convento se echan á vuelo, se oyen carreras en los claustros, sue-

petas. El Prior del convento llama á Alberto, y le anuncia la visita de Guillermo de Holanda, emperador de Alemania.

Los frailes están acongojados, porque no tienen con qué agasajar al emperador. Están en lo más crudo del invierno, y no hay un sólo fruto que presentarle. ¿Qué hacer? Alberto medita, se levanta y sube á su celda; deshoja un manuscrito polvoriento, pronuncia unas palabras incomprensibles al mismo tiempo que traza con una vara círculos y espirales en el aire. A su influjo, la nieve del jardín desaparece, una yerba fina crece sobre la tierra endurecida por la escarcha, los árboles se cuajan de flores y los frutos amarillean ya maduros entre las flores olorosas; una brisa templada y suave columpia dulcemente el espeso follaje de las ramas, y los pájaros saludan con sus más alegres trinos la inesperada venida de la riente primavera. Una espléndida mesa cubierta de succulentos manjares se levanta en el centro de un enramado pabellón, y cuando el emperador, abandonando su corcel, penetra en el jardín, duda si sueña, y pregunta si el paraíso terrenal estaba oculto entre las tapias del convento.

Aprovechando la confusión y el tumulto producido en el convento por la visita del emperador, Tomás, el discípulo predilecto de Alberto, penetra en su celda deseoso de contemplar á solas sus misterios; abre la puerta tembloroso, y siente frío; mira á los extraños símbolos que adornan las paredes, y se estremece; avanza, y se dirige hácia una cortina que oculta una de las esquinas de la habitación; la descubre, y se encuentra frente á frente de una estatua que representa una mujer. Quiere huir; pero la estatua se incorpora, sus labios se entreabren, y una voz armoniosa le saluda, diciendo: *Salve, salve, salve*. El noble estudiante está á punto de perder el conocimiento: cree que el príncipe de las tinieblas se divierte con él. En medio de su turbación y espanto, ase un bastón que se le ofrece á mano, y exclamando *Retírate, Satan*, descarga una nube de furiosos golpes sobre el supuesto demonio, hasta que la estatua se rompe con metálico estruendo. Tomás entonces se precipita fuera de la celda, y al mismo tiempo aparece en su dintel Alberto. Con una sola mirada comprende todo lo que acaba de pasar, y al ver destruido en un momento el fruto de tanto estudio, alza sus manos y exclama: *¡Tomás, Tomás, qué has hecho! Acabas de hacerme perder en un momento el fruto de treinta años de trabajo.*

Á lo cual Tomás, ya repuesto, contestó para consolarle: *También he destruido un poderoso argumento en favor de los materialistas.*

V

¡Qué hermoso espectáculo el de la enseñanza en los grandes siglos de la edad cristiana! La escuela nacida en la soledad del claustro al pie de la cruz abacial, extendida después por los pórticos palatinos, se reconcentra y se ensancha en los estudios generales de las ciudades europeas.

Allí, en la plaza pública, sentados sobre sendos montones de paja, oyen atentamente las lecciones que caen de los labios de los doctores, los estudiantes del mundo entero; allí, sobre la elevada cátedra, explican los grandes sabios de la Cristiandad los misterios de la ciencia humana y de la ciencia divina; y mientras la Iglesia bendice esta obra de civilización, porque es una obra de caridad y el cumplimiento de un mandato celeste, el Estado favorece y alienta esa gran labor intelectual que, puliendo la barbarie de los tiempos, labra sobre el robusto tronco de una generación vigorosa la corona esplendente de la civilización europea.

Así enseñaba Alberto en las plazas á que legó su nombre, sin que su anchurosa redondez pudiera contener la muchedumbre de sus discípulos, compuesta de príncipes y monjes, santos y sabios, peregrinos y penitentes, nobles y mendigos. Así enseñaba la *Escolástica*, esa vasta síntesis de las más poderosas análisis en que se fundió para siempre en íntima alianza la razón y la fé, la ciencia y la revelación, la verdad humana y la verdad divina. Así explicaba un día, cuando de pronto se detuvo como un hombre á quien inesperadamente le desaparecen las ideas; y después de una larga pausa, incomprensible al maravillado auditorio reveló, en medio del universal asombro, la causa sobrenatural de su ciencia, don gratuito de la inmaculada Virgen María, manifestando que había vuelto súbita y repentinamente á su primitiva ignorancia, como señal



inequívoca de la proximidad de su muerte, por lo que, despidiéndose de sus discípulos, se retiraba á morir.

¡Cómo pintar las lágrimas y sollozos, las exclamaciones y lamentos de la muchedumbre impresionada por tan inesperado accidente! Formaron todos á su alrededor, y le escoltaron tristemente á su celda, próxima á convertirse ya en su sepulcro, cárcel á sus restos mortales y vestíbulo del Paraíso para su espíritu inmortal.

## VI

—¡Alberto, Alberto! ¿estás ahí?—así gritaba el Arzobispo Sigifredo, hiriendo con redoblados golpes la puerta de la celda de Alberto, sin obtener más respuesta que la del eco que se perdía en las elevadas bóvedas del claustro.

Pero el Arzobispo Sigifredo no era hombre de ceder fácilmente, y golpeando más fuerte, repetía: ¡Alberto! ¡Alberto! ¿estás ahí?

—Alberto estuvo aquí, pero ya no está,—respondió, por fin, una voz trémula y apagada, y el oficio de difuntos, salmodiado de una manera sorda y confusa, fué el único rumor que llegó á los oídos del Arzobispo.

El sabio y el santo Alberto, el doctor ilustre, el Obispo celoso, aquel hombre que había sido considerado como el hierofante iniciador de la Alemania y como el prodigio de la naturaleza; aquel á quien era debida la portentosa traza de la catedral de Colonia, y cuya ciencia, después de brillar en prodigioso número de volúmenes y de lucir en las cátedras de Strasburgo, de Ratisbona, de Colonia, de Roma y de París, le había iniciado en los misterios más profundos de las ciencias ocultas, merced á cuyo influjo, encaminado á la mayor gloria de Dios, había dado aquella famosa vuelta al mundo en compañía de Alejandro Magno, y había llevado á fin su célebre expedición al Purgatorio, y había impuesto el merecido castigo á la libidinosa y cruel reina Pietigrila; no era ya más que un cadáver próximo á sepultarse en su tumba, abierta de antemano, como quien nada espera ya de la vida y nada deja ya en la tierra, sobre todo, desde aquel día en que, derramando de pronto copioso llanto sus ojos, respondió á los hermanos que le asistían, al preguntarle éstos su causa: *La de mis lágrimas, dijo, es muy justa; mi hijo en Jesucristo, Tomás de Aquino, la antorcha refulgente de la Iglesia, acaba de morir, y Dios me lo ha manifestado.*

## VII

¿Qué sucede en esa antigua y gloriosa universidad de París? ¿Por qué se agitan sus estudiantes y doctores? ¿Atentó el monarca á sus fueros ó declaró nulos sus privilegios el Pontífice? Nada de eso, ó mejor, más que eso todavía. Estéban Tupier, arrastrado por los émulos de Santo Tomás de Aquino, acaba de dar un decreto *contra Fratrem Thomam*, considerando como sospechosa su doctrina. ¿Que ni entonces faltaba quien por malicia ó igno-

rancia atentase á la integridad y pureza de la doctrina del mismo Santo Tomás de Aquino!

Y Santo Tomás de Aquino no estaba allí para defenderse, y los más juzgaban ya sin oírle, ó por los textos desnaturalizados y truncados que aducían sus adversarios; los prudentes callaban para no aumentar el escándalo, y la fama de la condenación de Santo Tomás se iba extendiendo por el mundo.

Llegó á Colonia, invadió el convento en que moraba Alberto, y penetró en su celda sorprendiéndole al mismo borde de su sepulcro. Y Alberto se levantó, tomó su báculo y abrió por última vez la puerta de su celda. Llamó á Hugo de Luna y le mandó que le siguiese, y por entre la doble

Confundidos los émulos de Santo Tomás, y vindicada ya su doctrina, Alberto se volvió á Colonia, se hizo volver á leer una tras otra todas las obras del angélico doctor, convocó en su convento una solemne asamblea, en que expuso y defendió toda la doctrina, y declarando que *Santo Tomás de Aquino había trabajado por todos hasta el fin del mundo, y que de allí en adelante todos los demás trabajarían en vano*, se sepultó en su celda.

## VIII

El día 15 de Noviembre de 1280 fué un día de luto para la Cristiandad. Las campanas del convento de dominicos de Colonia doblaban tristemente anunciando á la imperial ciudad la muerte de Alberto.

El canto solemne de los religiosos, extendiéndose por los anchurosos claustros y elevadas bóvedas del monasterio, y acompañado de las oraciones del pueblo, que se agrupaba pesados en las sombrías naves de la iglesia, se levantaba como un himno de dolor al cielo, como un triste y eterno adiós al que había sido su esplendor y su gloria.

El cuerpo del venerable Alberto, realzado con la majestuosa ancianidad de sus ochenta y siete años, revestido de sus ornamentos pontificales, fué depositado en un sepulcro, á cuyo alrededor se agruparon las generaciones, atraídas por la fama de sus milagros que pregaron en la muerte su santidad oculta por su humildad en la vida.

El renacimiento pagano, la bárbara reforma y la impía revolución, acudieron también á su tumba los primeros, para dejar en ella, con sus burlas y sus insultos, el testimonio de su ignorancia; la última, para demoler con los golpes de su piqueta el monumento que el arte y la religión habían levantado á su memoria.

Pero la aurora con que despierta el nuevo sol de la Cristiandad purificada, colora ya é ilumina el sepulcro de Alberto Magno. La religión, la ciencia y el arte acuden en peregrinación devota junto á sus restos, y mientras la ciencia exhuma sus doctrinas para elevarlas á las cátedras del saber, y la fé exhuma sus reliquias para elevarlas á los altares de la reli-

gion, la literatura popular recoge y agrupa las flores con que la tradición y la leyenda fueron sembrando su camino, como en vivo testimonio del amor y de la veneración de las edades, para adornar con ellas el templo que ha de levantarle la Cristiandad, como sepulcro en que deposita sus cenizas, y sobre cuya lápida escribirá por fin la Iglesia, atenta al incesante clamor de sus preclaros hijos, estas consoladoras palabras, que ya están á medio grabar:

*¡Aquí yacen los preciosos restos del sabio doctor San Alberto Magno!*

ALEJANDRO PIDAL Y MON.

## BELLEZAS DE ESPAÑA



CLÁUSTRO DE SAN JUAN DE LOS REYES EN TOLEDO

fila de sus asombrados hermanos, salió del convento, dejó á Colonia y se encaminó á París.

París atónito le vió llegar, reconoció en él á su antiguo doctor, y se agolpó á su paso. Alberto convocó á todo el claustro de doctores de su antigua universidad, y subió á la cátedra dominicana.

Desde su altura, con toda la autoridad de su saber y de su edad, con toda la elevación de espíritu y toda la indignación de su pecho, lanzó estas palabras al rostro de los detractores de Santo Tomás: *¡Qué gloria hay para un vivo en ser alabado por los muertos!* Palabras terribles que presentaban á la consideración universal á Santo Tomás de Aquino, como el único dotado de vida por la verdad de su doctrina; como el único vivo por su gloria, en medio de todos los demás, sentados en las sombras del error, de la oscuridad y del olvido.

Ayuntamiento de Madrid





EXPOSITION DE PARIS.—EL AQUARIUM



## LAS TRES AMIGAS

Os he hablado del secreto de la felicidad en esta vida y de la manera con que debemos recibir las terribles pruebas que Dios tiene á bien mandarnos algunas veces para domar nuestra pícara naturaleza en el yunque del infortunio.

Pues ahora me voy á permitir contaros una historia triste: la historia de tres amigas, que puede servirnos de enseñanza, si por desgracia la necesitáis.

En el colegio las llamaban las tres Marías, porque los nombres de las tres eran: María, María Ana y María Antonia.

Ó esta coincidencia, ó la semejanza de los caracteres, ó más bien el ser las tres de Toledo, hizo que estuvieran unidas por la más estrecha amistad.

De todas maneras, el hecho es que las llamaban las tres Marías inseparables.

Sin embargo, los azares y las evoluciones de la vida las separaron.

María, casada con un capitán, tuvo que seguir á su marido á todas partes: á Andalucía y á Galicia, á Extremadura y á Valencia.

María Ana formó, por decirlo así, parte del claustro universitario de Valladolid. Su marido era profesor de esta universidad, y gozaba, por tanto, de una posición independiente.

María Antonia se casó con un procurador de Guadalajara, llamado Quintanilla. Más tarde, el Sr. Quintanilla se hizo notario. Era un hombre serio, que hablaba en estilo un si es no es campanudo.

No decía, por ejemplo: «Yo he sido notario durante más de veinticinco años», sino: «Durante más de cinco lustros, he merecido la confianza de las familias. ¿La confianza?... Quizá dije mal, porque el notariado es un verdadero sacerdocio.»

Cerca de cinco lustros despues, para hablar como el señor de Quintanilla, desde la época en que las tres Marías estaban juntas en el colegio, volvemos á encontrarlas en Toledo, su ciudad natal.

Pero ¡ah! ¡qué lejos está aquel tiempo en que las tres jóvenes loquillas corrían por el jardín como mariposas, y cantaban y reían como los pájaros y las fuentes!

Nuestras tres amigas se han retirado á casa de sus respectivos padres. Ninguna es pobre; al contrario, gozan de una posición ventajosa y son consideradas como parte de esa aristocracia de medio pelo que ha creado la clase media de nuestro tiempo.

Y sin embargo, las tres son desgraciadas, horriblemente desgraciadas; y aunque ellas lo dicen á todo el mundo, la verdad es que no necesitan decirlo: basta ver sus frentes plegadas, sus mejillas pálidas y enflaquecidas, su voz amarga, sus ojos, todavía bellos, casi siempre húmedos, para comprender que son, en efecto, horriblemente desgraciadas.

Pero ¿cuál de ellas es más que las otras?

Esta pregunta se hacen todas las familias de Toledo que conocen á las tres Marías, y cada cual se contesta á su modo.

Tratemos nosotros de averiguarlo prudentemente, á ver si en la resolución de este problema tropezamos con alguna enseñanza provechosa.

Son las nueve de la noche, y estamos en casa de María Ana.

Entra de pronto María, se sienta, ó mejor dicho, se deja caer en la primer butaca que encuentra, y dice, despues de tomar asiento:

—Querida mía, no puedo más; estoy ahogada de cansancio... ¡Cansancio! No: estoy agotada, rendida, estenuada, muerta. Ahora mismo acabo de acostar á mi pobre reumático y á mi pobre parálitica. Desde esta mañana á las seis no he parado un momento.

María Ana no contesta, pero lanza un suspiro. María continúa:

—Aún no te he dicho nada, por supuesto. La fatiga, al fin, me conoce demasiado. Y lo peor que me puede suceder es morirme; es decir, encontrar el deseado reposo... Dios es testigo que cuido con buena voluntad á mi marido enfermo y á mi anciana madre... Pero ¿qué pago recibo yo por esto? Si á lo ménos comprendiesen que me estoy matando por ellos; si de vez en cuando me lo agradece-

ran con una sonrisa ó con un apretón de manos!... Nada, hija; diríase que yo no soy para ellos sino una esclava. Para mí sólo tienen palabras amargas, reconvenciones, gruñidos. Me tratan de una manera indigna, á mí, que he nacido para querer y para que me quieran. Estoy por decir que me detestan; y, sin embargo, me parece que nadie me obliga á sacrificarme por ellos. Con buscar dos hermanas de la Caridad que cuiden á entrambos, y con darles cuanto necesiten, estaba al cabo de la calle... Pero ¡los ingratos! ya saben que yo no soy capaz de hacer esto, y por lo mismo se complacen en atormentarme... ¡Oh, qué desgraciada soy!

Como María Ana no contestase, María la miró... María Ana tenía los ojos llenos de lágrimas y hacía esfuerzos para ahogar los sollozos.

—¡Oh, mi querida María Ana!—dijo María abrazándola.—Perdóname: soy una egoísta. Tú eres más desgraciada que yo. Pero eres tan buena, que siempre venimos á tu lado á buscar fortaleza y consuelo.

—Yo no soy buena,—dijo María Ana;—pero tienes razón, soy muy desgraciada.

Y entonces, como hablándose á sí misma, y tan bajo que María necesitaba acercar el oído para entenderla, exclamó:

—¡Dios mío! Yo no quiero quejarme. Me disteis un marido de oro y un hijo digno de su padre: me los habeis quitado... ¡cúmplase vuestra voluntad! No; yo no murmuro: me sometó respetuosamente á la voluntad de Dios. Pero ese Dios bueno é indulgente no me prohíbe llorar; antes bien creo que me lo ordena, porque hay momentos en que, si yo contuviese las lágrimas en mi corazón, mi corazón se rompería.

¡Ay! sí; yo quisiera, como tú, María, morirme de cansancio por cuidar á aquellos seres queridos. Ellos eran demasiado buenos para quejarse nunca de mí... Pero si la enfermedad pusiese, por caso extraño, alguna palabra amarga en sus labios, yo acusaría á la enfermedad y no á ellos... No; yo no tengo nada que hacer: nadie, ninguno de aquellos á quienes mi alma se había unido, tiene necesidad de mí... ¡Oh, María de mi corazón! dices bien, que soy mucho más desgraciada que tú.

Llamaron. Era María Antonia.

María y María Ana se miraron.

Esta mirada quería decir: «Aquí viene la más desventurada de las tres.»

María Antonia es la señora de Quintanilla el notario.

Dios me libre de hablar mal de los escribanos.

Tengo muchos y muy buenos amigos en esta respetable clase, que no me han dado motivos nunca sino para elogiarlos.

Pero, en fin, no hay regla sin excepción, ni cuerpo tan venerable que no tenga algún miembro corrompido.

El Sr. de Quintanilla, que tanto ponderaba el sacerdocio del notariado, no era más que una especie de caballero de industria. Como era hábil, logró por largo tiempo disimular sus culpables maniobras, tapando, como suele decirse, un agujero con la tierra de otro; descubriendo á Pedro para cubrir á Juan... Al fin, sin embargo, tres meses despues de haberse retirado, estalló la bomba. Nuestro hombre fué procesado; se le probó el delito, y fué condenado á cinco años de presidio.

La desesperación de María Antonia es indescriptible.

Y cuando digo desesperación, no lo digo en su sentido lato, sino en el literal y concreto.

El golpe fué tan rudo para el alma altiva de María Antonia, que en lugar de humillarse cristianamente, se revolvió furiosa contra la divina Providencia. Preguntábase qué había hecho ella para ser deshonrada de este modo; y no solamente ella, sino sus hijas, sus dos hijas casaderas, convertidas en hijas de un presidiario. ¿Quién iba á mirarlas á la cara?

En una palabra: la murmuración, la rebeldía, casi la blasfemia invadieron aquel pobre corazón, y por esto precisamente era aún más desgraciada que sus amigas.

Mientras cambiaban algunas palabras insignificantes, María Ana oyó una voz interior, que le decía:

—¡Cómo! ¿Dices que no tienes interés ninguno en la tierra? ¿No tienes bien alguno que hacer al rededor de ti? ¿Por ventura mi Providencia no te arroja á los brazos de esa desventurada María Antonia? Enséñale á acallar sus murmuraciones, á

bendecirme de todo en todo, y así trabajarás por mi gloria y por la salvación de tus hermanos.

María Ana escuchó esta voz y cumplió sus mandatos... Seis meses despues, María Antonia estaba resignada, y comprendía que la desgracia es incompleta cuando se sabe sobrellevarla.

Las tres amigas grabaron en su corazón esta frase del Divino Redentor:

«Mi yugo es dulce y mi carga ligera.»

N. CONDE.

A... (1)

Es tu boca purpurina  
Flor de granado entreabierto,  
Que unos copitos de azahares  
Dentro del cáliz enseña.

A amapolas entre nieve  
Tus mejillas se asemejan,  
Y copiando tus cabellos  
Tejió el gusano la seda.

Para darte una sonrisa,  
Que á ninguna se parezca,  
Desposorios celebraron  
La malicia y la inocencia.

La luz que en tus ojos brilla,  
Tanto á la del sol remeda,  
Que amanece si los abres  
Y anochece si los cierras.

Pero ni esos mil hechizos  
Que en tí la vista embelesan,  
Ni tus tendidas pestañas,  
Ni tus primorosas cejas,

Ni tus pasitos de sílfide,  
Ni tu talle de palmera,  
Forman el mayor encanto  
De tu celestial belleza.

Sin duda en tu dulce infancia  
De la blonda cabellera,  
Como niñas juguetonas,  
Se escaparon dos guedejas.

Y, apenas libres se vieron  
De la cárcel de tus trenzas,  
Poquito á poco bajaron  
Desde la infantil cabeza.

Llegaron á tus mejillas,  
Extendiéronse por ellas,  
Y al mirar tanta hermosura,  
Allí se quedaron presas.

Por eso, desde aquel día,  
Ciñen tu rostro y le cercan,  
Y arrebatadas de amores,  
Eternamente le besan.

No te incomodes por eso  
Ni castigues su insolencia,  
Que ellas no tienen la culpa  
De haberte visto tan bella.

Ni tú tampoco conoces  
Todo el encanto que prestan  
Esas dos doradas cintas  
Á tu virginal cabeza.

Yo he visto el sol de la tarde  
Quebrar sus rayos en ellas,  
Y en menudas chispas de oro  
Dejar su luz descompuesta;

Y entonces me parecía  
Cercada tu faz risueña  
De esos cándidos rostrillos  
Que las imágenes llevan.

Otras veces las he visto  
Que se asomaban apenas  
Por los mal cerrados pliegues  
De la mantilla indiscreta,

Y á tu dulce rostro daban  
La tierna sal picaresca  
Que el no aliñado cabello  
Da á las muchachas traviesas.

¡Pobres cintitas de pelo!  
Tú te incomodas con ellas,  
Y si las vé, las envidia,  
De seguro, una coqueta.

Á un tribunal yo te emplazo,  
Si me concedes licencia,  
Donde su fallo pronuncien

(1) No creemos que á ninguna persona ilustrada le parezca esta deliciosa poesía extraña á la índole de nuestro periódico; pero si á alguien le pareciera así, debemos recordarle que en la literatura clásica española, católica hasta más no poder, esta composición podría figurar como una de las más inocentes, y no por cierto de las ménos bellas.



Los varones y las hembras.  
Yo te juro que, de fijo,  
Serán así las respuestas:  
Ellos: «¡Qué cosa más linda!»  
Ellas: «¡Qué cosa más fea!»  
Y así, de comun acuerdo,  
Aunque por forma diversa,  
La admiración y la envidia  
Dictarán esta sentencia:  
Que esas dos bandas suavísimas,  
En cárcel de nieve presas,  
Forman el mayor encanto  
De tu celestial belleza.

F. M. MELGAR.

1875.

## EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

II

### Educación de Pichenet.—Retrato en esmalte

Cuando Malbrouk vió que le habían cortado su rama, se puso furioso.

—¡Estos ricos,—dijo,—no tienen entrañas!

Para consolarse pegó á la Chaumel un poco más que de costumbre, despues de lo cual hizo á Pichenet plantar otro poste en el sitio que antes había ocupado la rama, y todo quedó como estaba.

De suerte que al día siguiente, Blanca vió todavía al pobre Pichenet en equilibrio sobre la cuerda tirante.

Había al extremo del jardín un pabelloncito de follaje, elevado sobre una plataforma. Este pabellón estaba todo tapizado de enredaderas, de clemátidas y de pasionarias, que presentaban al exterior un seto de verdura impenetrable. Pero desde el interior, apartando algunas hojas con la mano, una mirada curiosa podía enterarse de lo de afuera.

Aquel era el observatorio de Blanca.

Todos los días subía al pabelloncito para hacer una visita á sus protegidos. Sabía la vida de Pichenet y de su madre, sus tristezas y sus pobres alegrías. Cuando ellos rezaban sus oraciones, pues la Chaumel se conservaba piadosa en lo profundo de su desgracia, podía Blanca seguir las letanías y elevar el *ora pro nobis* á la Santísima Virgen, por los que sufrían allí, tan cerca de su felicidad.

Malbrouk vivía en la taberna; la madre y el hijo tenían sus buenos ratos. Solía faltar el pan en la choza, pero siempre les llegaba una misteriosa asistencia en los momentos de completo desamparo.

Pichenet y su madre bendecían á la Providencia desconocida, y Blanca sonreía llorando de verles á los dos devorar con excelente apetito.

Luego se bajaba, lleno el corazón de contento, y sus alegres cantares resonaban por entre los emparrados.

Despues de la comida, Pichenet se retiraba siempre al pobre cuchitril que le servía de aposento, donde tenía una media docena de libracos empolvados. Pichenet trabajaba con un ardor extraordinario hasta que Malbrouk venía á arrancarle brutalmente de su estudio, gritándole:

—¡Á la maroma, holgazan!

Ó bien hasta que el mismo Pichenet, cayendo en una distracción irresistible, dejaba correr la vista, que siempre se dirigía al mismo lado.

María, la rubia maravilla de Rennes, tenía también su rincón favorito, como su hermanita Blanca. Sentábase de ordinario en un banco de césped que estaba frente por frente de la ventana de Pichenet: ora sola y pensativa, ó recorriendo un tomo de versos; ora rodeada de aduladores y sin rival, en medio de sus compañeras.

En cuanto los ojos de Pichenet se encontraban con este banco de césped, ya no acertaba á separarlos de allí.

El pobre muchacho hambriento, la víctima de un despotismo brutal, el esclavo dedicado, á pesar suyo, á un oficio infame, contemplaba á la que por la hermosura, por la gracia y por la nobleza reinaba sobre el gran mundo.

Á aquella cuya sonrisa era disputada como la corona de un torneo, entre los más valientes y gallardos mancebos de Bretaña.

Miraba á María de Noyal, á la hija primogénita del marqués de Noyal, á la heredera, á la rica, á la dichosa entre todas, al diamante de Rennes, á aquel montoncito de encantos.

¡Á María, que rehusaba la mano de los príncipes!

Con frecuencia solía la Chaumel acercarse muy poquito á poco y sin ruido, á ver si su hijo se fatigaba demasiado en su estudio. Y por más que fuera muy de puntillas, Pichenet la oía y fijaba de nuevo los ojos con precipitación sobre su libracó.

Pero una vez había grandes explosiones de alegría en el jardín del palacio. Reían á carcajadas, y el ruido que llegaba hasta la madriguera de Pichenet le estorbó de oír á su madre. La Chaumel se detuvo en el umbral, arrasados en lágrimas los ojos.

—¡Pobre hijo mío!—murmuró.

Pichenet oyó esta exclamación, y se arrojó en los brazos de la Chaumel, diciendo:

—¡Yo no amo más que á tí, madre mía!

Y era muy cierto; por lo ménos, Pichenet así lo creía: no amaba más que á su madre. Lo demás era como un sueño de hadas, un fuego fátuo que alumbraba la noche triste en que se deslizaba su juventud.

La Chaumel le prodigó sus caricias. En la noche de aquel día, la más ardiente de sus oraciones subió hácia Dios, envuelta en el vapor de sus lágrimas. Y esto fué todo. Entre las criaturas humanas, las madres son las que mejor saben rezar.

En un hermoso día del mes de Mayo, Malbrouk dijo al muchacho:

—¡Á la cuerda!

Y como Pichenet no dejara sus libros bastante á prisa, le empujó con rudeza. Pichenet subió sobre la cuerda tirante, tratando de ofreeer á Dios su martirio.

Á no ser por su madre, haría ya mucho tiempo que se hubiera decidido á escaparse. ¡Pero dejar á su madre sola, en compañía de aquella bestia feroz de Malbrouk!... Se quedaba y obedecía, porque su resistencia no recayese sobre su madre.

Vedle, pues, sobre su maroma con el corazón oprimido y el volante en la mano. Hasta entonces no había hecho más que obedecer, y sus esfuerzos tendían únicamente á no caerse del alto del aparato sobre la arena.

Pero aquel día estaba María sobre el banco de césped. Pichenet vió perfectamente que le miraba, y hubiera querido meterse debajo de tierra, pues era noble de corazón más que cualquier hijo de un noble, y la conciencia de su miseria le abru-maba.

Pero no tenía más que catorce años; y de repente le pareció que los hermosos ojos de María se fijaban en él con curiosidad.

Tened compasión del pobre muchacho si se vuelve loco.

Una especie de vértigo se apoderó de él: no el vértigo que trastorna y hace caer al suelo, sino ese otro vértigo que trastorna é impele hácia la altura: el vértigo de los audaces.

Subióle un ardor del corazón á la cabeza, y se sintió de repente tan robusto, que hubiera roto entre las manos su pesado volante como una arista seca.

Y en aquello que poco ántes constituía su humillación, hacia consistir apasionadamente toda su gloria.

¡Orgullo y vergüenza! Dos enfermedades parecidas, que tienen síntomas contrarios.

María le había mirado: era menester, morir ó brillar.

¡Ah, si le hubiérais visto saltar y sonreír! Malbrouk no volvía de su asombro. Los postes gemían estremecidos, la maroma vibraba: Pichenet, lanzado como una flecha, hacia cabriolas á treinta piés sobre la tierra.

María hizo con la cabeza un signo de aprobación. ¡Á fé que esto era ya demasiado!

Pichenet tomó un entusiasmo extravagante, y rodó sobre la arena como herido del rayo.

María dijo á Lacuzan:

—¡Una caída como esta mataría á un hombre!

Pero Blanca no tomaba al pobre Pichenet por un mono, pues al verle caer lanzó un grito de conmiseración y de espanto.

María era frívola, como todas las que son demasiado hermosas. La demasiada belleza es una desgracia, casi tan grande como la demasiada riqueza.

Es menester creer que á María la gustaban los que bailan en la maroma. Venía con frecuencia á ver á Pichenet, y Pichenet, alentado por el éxito, adquirió bien pronto un gran talante de acróbata.

Tenía buena pantorrilla, pié firme y mucho orgullo.

La fiebre del estudio se había calmado en él súbitamente. Durante toda una semana, el doblez de la esquina de una hoja, que de ordinario solía irse corriendo de página en página, permaneció estacionado en su libro.

La Chaumel no sabía leer, pero se daba cuenta perfectamente de que el doblez de la hoja no iba adelante, con lo cual estaba todavía más triste que de costumbre.

También ella miraba á hurtadillas á María, cuando la bella entre las bellas venía á sentarse sobre su banco de césped.

Es muy cierto, ¿no es así? que las mujeres se juzgan unas á otras con una perspicaz y cruel severidad.

La pobre Chaumel era mujer, y sin embargo, la Chaumel buscaba un defecto; ménos que un defecto, una imperfección; ménos todavía, un lunar del grandor de la punta de una aguja entre aquel delicioso conjunto de gracias, de sonrisas y de armonías que se llamaba María de Noyal, y no lo encontraba.

Todó era en ella maravillosa perfección.

La Chaumel suspiraba: la pobre mujer estaba todavía más loca que Pichenet. Suspiraba pensando de este modo:

—¡Ah! Si yo pudiera sentarme una mañana á la cabecera de mi hijo, de aquí á seis años, esperar á que despertara, y decirle cuando abriera los ojos: Toma, ahí la tienes, es tu mujer, yo te la doy...

—¡Dulce Jesús mío,—añadía,—hay algunas madres que son tan felices!...

Os digo de verdad que estaba loca.

Lacuzan mandó hacer una vez el retrato de María á uno de esos pintores infelices que no han dejado nombre, pero que han sembrado por las provincias, en el siglo XVII, miniaturas inimitables.

Era en esmalte, y nunca Petitot había metido en el hornillo nada más delicado y maravilloso.

María estaba representada á la manera de Eva, y aspiraba el perfume de una rosa.

¡Pero qué Eva tan prodigiosamente rubia y blanca! ¡Cómo se arrollaban en ondas sus cabellos dorados sobre el marfil de su frente! ¡Qué clavel tan hermoso el de sus labios! ¡Qué encanto el de su sonrisa!

Por lo que hace á los contornos de su semblante, por lo que hace á la curva griega de su cuello suavemente terminado en sus delicados hombros... Quebrems nuestra pluma, que traza aquí un mal boceto de aprendiz al lado del cuadro de un maestro.

¡Mas sobre todo, la mano, la mano que sostenía la flor!

Si hubiérais visto el raso viviente de aquel cutis, la suavidad indescriptible de aquel ademan, y las venas azules y el brazo de rosa...

Ya os escucho decir: siendo tan bonita no puede ménos que fuera un poco sosa; ¿no es verdad? No por cierto: mi palabra que no.

No había allí la menor sosería.

Porque bajo el oro de aquella rubia cabellera, entre la blancura sonrosada de aquella tez, había dos ojos negros con sus pobladas cejas, atrevidamente prolongadas sobre las sienes; dos ojos que jugueteaban, que centelleaban, que sonreían, que tenían la travesura de los diablos y la ternura de los ángeles.

Más travesura probablemente y más ternura que María misma; no lo digais dos veces.

Cuando una mujer es hermosa hasta ese punto, ¡es tan difícil que no esté enamorada de su propia belleza! María lo estaba, pero tanto, tanto, que el mismo Lacuzan no lo estaba más que ella.

¡Lacuzan, su novio, el que había mandado hacer aquel milagro de esmalte!

Ya me iba á olvidar de decir que María del Noyal era todavía cien veces más hermosa que su retrato.



—Pues entonces decididamente era demasiado hermosa.

—Sí, sí, ya lo hemos dicho: era con exceso demasiado hermosa.

Lo cual seguramente que no es una deshonra, pero es una carga.

¿Cómo conservar intacta su sencillez de doncella, su ingenuidad, su candor y su modestia? ¿Cómo conservar ni siquiera su alegría, cuando la admiración del vulgo la circunda, la asedia, la persigue, la oprime, la desvanece?...

Todo reinado tiene sus peligros. La poesía banal estrella su incensario sobre una frente hermosa, igual que sobre una testa coronada.

«¡Malditos aduladores!...» ha dicho la tragedia.

¡Dios mío, maldita tragedia! Todos nosotros somos aduladores: desde el trágico que muere ambicionando una mirada real, hasta el comparsa que tiene que adorar de rodillas la misma tragedia que en sus adentros aborrece.

Adulamos de buena ó de mala fé. Adulamos por entusiasmo ó por odio. Nuestras bocas son incensarios portátiles que nunca se apagan.

Y los ídolos aspiran con avidez todo este humo. Y la cabeza se trastorna, lo mismo bajo la corona real, que bajo el sombrero del capitalista y que bajo la gorra del obrero.

¿Cómo no había de trastornarse bajo la diadema de la belleza?

María tenía talento, bondad, sensibilidad, cordura, tacto... pero era demasiado hermosa.

Ahí teneis á nuestra Blanquita, la preciosa niña, que sin duda no es digna de que se haga con esmero su retrato. Vedla: es hermosa no más que lo preciso, para que un día ú otro se la llegue á amar de todo corazón. ¡Oh! ¡cuán molesta sería la diadema á la libre movilidad de su frente revoltosa!

Os desafío á que la hagais tener una rosa en la mano el tiempo necesario para que un pintor dibuje siquiera las yemas de sus dedos.

Es resuelta, y al mismo tiempo tan tímida!

Lleva el corazón en la cara y en la mano. Sus ojos se arrasan en lágrimas, que luego dejan paso á la sonrisa.

Sus cabellos negros flotan en desorden, mecidos por el viento.

Es una mañana en que va á coger flores por el rocío.

¡Oh! ¡la vivaracha y la loca, que se rie á carcajadas y canta mejor que los ruiseñores! ¡La imprudente, que sale sola y á escondidas,—una señorita!—para introducir su limosna por debajo de la puerta del pobre, y que viene luego á ponerse de rodillas y á rezar con las manos juntas y los ojos elevados al cielo! ¡La coqueta que sonríe á su íntimo amigo Lacuzan, que se rie de su «maridito» Alberto en sus barbas, y que espía la miseria de Pichenet á través de las lágrimas de sus ojos!

¡La atolondrada que se pelearía de mil amores por aquellos á quienes quiere!

Pero, ¡bah! dejemos á esta escapada del colegio, ó por lo ménos, esperemos á que se tenga derecha con los ojos bajos y la boquita plegada como una señorita formal.

(Se continuará.)

## EL PREMIO Á LA CARIDAD

Había una reina tan buena y tan sumisa á las enseñanzas de Dios, que daba con su virtud decoro al trono, y con sus buenas obras, ejemplos provechosos á sus vasallos.

Estableció esta gran reina un premio para aquel que durante el año transcurrido hubiese hecho la mayor y más perfecta obra de caridad, conociendo que era esto una grande enseñanza práctica al alcance de todas las inteligencias.

Cuando llegó el plazo señalado, reunido un inmenso concurso, que ella presidía en su trono, se acercó uno, y dijo que había construido en su pueblo un hermoso hospital para los pobres. El corazón de la buena reina se llenó de gozo al oír esto, y preguntó al benéfico sujeto si estaba el hospital concluido. «Sí señora, contestó el interrogado; sólo falta poner en el frontispicio la lápida con letras de oro, en que conste en qué fecha y por

quién fué construido el edificio.» La reina le dió las gracias, y se presentó otro.

Este dijo que había costado á sus expensas un cementerio en su pueblo. Alegróse la virtuosa reina de tan útil y caritativa obra, y le preguntó si estaba concluido, á lo que contestó el interrogado que sí, y que sólo faltaba concluir el hermoso sepulcro que en el centro estaba construyendo para él y su descendencia. Dióle gracias la reina, y en seguida se presentó una señora, que dijo que había recogido una pobre niña huérfana que se moría de hambre, y la había criado, adoptándola por hija. «¿Y la tienes contigo?» preguntó la reina. «Sí, señora, contestó la interrogada; es tan bien dispuesta, que cuida de las cosas de la casa y me asiste á mí con esmero, por lo que la quiero tanto, que no consentiré que se case ni se separe de mí mientras Dios me dé vida.»

Celebró mucho la reina esta digna obra de caridad, y fué distraída por un tropel; las gentes abrian calle á un hermoso niño, el que arrastraba tras sí á una pobre anciana de miserable aspecto, que hacia esfuerzos por deshacerse de sus manos y huir de aquel lugar tan concurrido.

«¿Qué quiere ese bello niño?» preguntó la reina, que era más bien la madre de sus vasallos que la soberana, y jamás negaba audiencia á quien deseaba hablarle. «Quiero, contestó el niño con mucha gravedad y dulzura, traer á V. M. á la que ha merecido el santo premio que habeis instituido para la mayor y la mejor obra de caridad.»

—¿Y quién es?—preguntó la reina.

—Es esta pobre anciana,—contestó el niño.

—Señora,—dijo toda cortada y confusa la anciana,—nada he hecho ni puedo hacer, porque soy una infeliz que vivo de la limosna.

—Y no obstante, has merecido el premio,—dijo en tono suave, pero decidido el niño.

—¿Pues qué ha hecho?—preguntó la noble reina, que ántes de todo, quería ser justa.

—Me ha dado un pedazo de pan,—respondió el niño.

—Ya veis, señora,—exclamó apurada la anciana, ya veis, un mendrugo de pan.

—Es verdad,—repuso el niño,—que no fué más que un pedazo de pan; pero estábamos solos y fué el único pan que tenía.

La reina alargó conmovida el premio á la caritativa pordiosera, y el niño, que era el Niño Dios, se elevó á las alturas, bendiciendo á la grande y virtuosa reina, que daba premio á la caridad, y á la buena y humilde anciana que lo había merecido.

## MISCELANEA

**Perlas célebres.**—En diversos autores se encuentra el precio de muchas perlas célebres, recuerdo curioso que merece conocerse.

Una perla de Panamá, en forma de pera y del tamaño de un huevo de pichon, fué presentada al rey de España Felipe II, y valuada en 400.000 reales.

Una señora de Madrid poseía en 1605 una perla americana valorada en 31.000 ducados.

El papa León X compró á un joyero veneciano una perla por la suma de 350.000 francos.

Otra perla dada por la República de Venecia á Soliman, emperador de los turcos, valía 400.000 francos.

Julio César ofreció á Servilia una perla valuada en un millón de sestercios, ó sean próximamente 4.600.000 reales.

No se conoce con exactitud el volumen ni el valor de las dos famosas perlas de Cleopatra, de las cuales una hizo disolver en vinagre para beberla, y la otra dividió en dos partes y regaló á la Venus del Capitolio. La primera de estas perlas la valúan algunos autores en 1.500.000 francos.

Hace dos siglos que el viajero Tavernier vendió al shah de Persia una perla en el precio fabuloso de 10.700.000 reales. Este soberano posee un sombrero adornado de perlas del tamaño de una avellana, y cuyo valor es inapreciable.

Los romanos, que estimaban mucho las perlas, transmitieron su pasión á los orientales, los que consideran como prueba de grandeza la posesión de las mejores perlas y el mayor número posible.

Se han recibido noticias de una importantísima expedición que va á salir para los mares polares, y que en estos momentos se halla en Dinamarca haciendo los últimos preparativos para su difícil y arriesgada empresa.

Las exploraciones árticas llaman tan vivamente la atención en los países no devorados por la fiebre política, que á cada ensayo infructuoso sigue otro más cuidadosamente preparado. El actual, á que nos referimos, tiene mayor alcance que los anteriores, pues su objetivo es el estudio científico y práctico de la parte del mar Glacial situado al Norte de Siberia, y si es posible, la resolución del famoso problema náutico del paso del N.-E., ó doblar las costas septentrionales del Asia para entrar por el estrecho de Behring en los mares del Asia Oriental, y una vez allí, el camino para volver á Suecia por el Mar Rojo é Istmo de Suez estaría perfectamente determinado.

El sabio profesor de ciencias naturales sueco, Err Nordenskiöld, es el que ha preparado y dirige la expedición, que es la cuarta que verifica. Un oficial de la marina manda el barco.

El rey, el gobierno, la Dieta, las sociedades científicas, los particulares, y muy especialmente el doctor Oscar Dickson, negociante de Gothenburgo, hacen los gastos. Este último ha dado ya repetidas pruebas de desprendimiento en casos análogos.

## EPIGRAMAS

Un jugador que solía  
De lengua, que no de manos,  
Ser tahir de cuentos vanos  
Y hablar sin ortografía,  
Muerto de hablar, no cansado,  
Yace en este espacio breve;  
Séale la tierra breve,  
Aunque él fué á todos pesado.

LOPE DE VEGA.

Jura don Juan por su vida  
Que nunca cena en su casa,  
Y es que sin cenar se pasa  
Cuando otro no le convida.

CONDE DE VILLAMEDIANA.

Si entiendes, aunque te alabes,  
Cuán poco en saber te extiendes,  
Mucho sabes, pues entiendes  
Lo mucho que tú no sabes.

FRANCISCO DE LA TORRE.

## SOLUCION AL JEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR

La soledad es amada  
del sábio que busca á Dios.

## JEROGLIFICO



La solución en el número próximo.



que no hubiera ramo de los conocimientos en que los ingenios cristianos no se adiestrasen para negar en redondo y fundadamente la vulgar opinión contraria de que la Iglesia huye de las Universidades y Academias, y de que aborrece los adelantos de la ciencia. Mas en España, fuerza es confesar que el enemigo bando se ha hecho como dueño exclusivo de cierta clase de estudios, menoscabando á favor de esto el prestigio de los dogmas y dándose aires de autoridad infalible en cierta clase de cuestiones.

Nuestros vecinos los franceses, entienden esto de otra mejor manera. Los estudios arqueológicos están allí casi totalmente en manos del clero francés, y aunque esto puede perjudicar al progreso de la teología, no es ménos cierto que favorece á la Iglesia en gran manera. Mejor que yo conozco usted los nombres y las obras de la multitud de eclesiásticos que en Francia cultivan este linaje de conocimientos, y el respeto que el mundo sabio por ellos les profesa. Alguna otra vez he citado intencionalmente el hecho de que hace cuarenta años, mientras el gobierno francés sostenía una sola cátedra de arqueología, los Obispos costeaban unas cincuenta, con grande asombro de los extranjeros, y con mucho provecho de la religion y del arte.

Es, pues, necesario que nosotros miremos de frente y sin nimios cuidados á la ciencia prehistórica, y que la cultivemos para solaz del espíritu y para encontrar en ella nuevos argumentos en favor de la verdad, contra los apasionados, rudos y continuos ataques del vigilante enemigo. Conviene, por tanto, recomendar á nuestros hermanos este estudio, que en nada se opone, cuando está bien enderezado, al servicio de Dios y á las verdades católicas.

Al hombre ha de conocerse por sus obras. Esta verdad inconcusa es el fundamento de las ciencias antropológicas de observación. Si pretendemos vislumbrar al través de las espesas nieblas que rodean los primeros tiempos de la historia, lo que entonces era el hombre, física, moral y socialmente considerado, no podemos seguir otro rumbo que el señalado por aquel principio. El estado primitivo del hombre, luego que, por la propia culpa, salió del paraíso, fué tal, que se acercó mucho al de los brutos, aunque gozando al fin del superior privilegio de la razón. No podía, pues, en tal estado, dejar en la superficie de la tierra las señales de una vida perfecta de que no gozaba, y que suele tener por expresion admirable la escritura y el arte. En los toscos y contados medios de que se servía para satisfacer las ineludibles primeras necesidades, ha de buscarse el medio de averiguar lo que el hombre primitivo era, cómo vivía, cómo se desprendía de esa corteza tosca que durante largo tiempo cubrió su espíritu inmortal (1).

No quiero tocar ahora la cuestión de la antigüedad del hombre, arriesgada como pocas, oscura quizá más que ninguna de cuantas comprende la antropología racional. Usted sabe, amigo mío, que parece indudable la existencia de nuestros antepasados en el período que los geólogos llaman cuaternario, y que algunos de éstos, más audaces, pretenden haber rastreado señales ciertas de esa existencia en el terciario medio; es decir, cuando todavía ocurrían grandes cataclismos en la corteza terrestre, debidos á vivísimas fuerzas naturales, y no se había fijado la configuración exterior actual de nuestro globo. Según éstos, no puede ponerse en duda su opinión, puesto que se hallan algunos cráneos humanos, armas y restos de animales en los yacimientos y estratificaciones reputadas, sin duda alguna, por peritísimos geólogos, como terrenos terciarios. M. Quatrefages entiende que, siendo el hombre un mamífero, y demostrada su aptitud para ha-

bitar en todos los climas, bien pudo vivir cuándo y dónde existieran otros mamíferos. A usted se le alcanza, de cierto, la gravedad de estos problemas, que han de ser tratados mejor que de otra manera, por las ciencias naturales. Sea lo que quiera, escritores eminentes y doctos sacerdotes no se oponen á la probabilidad del hombre terciario y misceno.

Aceptando los hechos sencillamente, y sin penetrar en los hondos arcanos de una antigüedad remotísima, lo ménos que podemos hacer es examinar los vestigios que de la tosca primitiva industria del hombre han guardado los siglos, no obstante la destructora acción del tiempo. Resguardados se hallan por lo comun esos vestigios en profundas é inexploradas cavernas, en el fondo de lagunas ó mares, bajo las espesas capas de las turberas, en el seno de los terrenos de aluvion, ó bajo montículos artificiales. A veces, tambien se hallan á flor de tierra, al alcance de torpes manos que se gozan en su destrucción ó sirviendo de aliciente en juegos infantiles, hasta que la casualidad ó la codicia las ponen en lugar seguro ó sobre el bufete del curioso y del anticuario.

Abandonado el hombre á los recursos de su instinto natural, casi solo, hubo de buscar, con aquel empeño que al cabo había de hacerle dueño de grandes maravillas, los medios de atender á su mantenimiento y á su defensa. La caza y la pesca fueron sus primeras ocupaciones, como medios de vivir; luego hubo de indagar la manera de rechazar las agresiones de sus semejantes y las de los numerosos enemigos que la naturaleza, fiera y brava, le presentaba. Aunque Lucrecio, inspirándose sin duda en las tradiciones y leyendas de la teogonía griega, supone que las uñas y los dientes fueron las primeras armas y utensilios de que el hombre se valió, es muy de creer que para herir al mamífero y al ave de que se alimentaba, ó para defenderse del oso y de la hiena, y aún del hombre mismo, cogería un palo y una piedra.

Pensando en los medios de hacer más fáciles estas tareas cotidianas, tendría por harto toscos é imperfectos el nudoso palo y la redonda piedra. Vería que poniendo en la punta de aquel un trozo de pedernal ó de diorita de los más agudos y cortantes que á la mano hallase, podía hacer un arma relativamente cómoda, arrojadiza, de golpe más mortal y seguro. En este lento adelantar, se aplicaría luego á aguzar las piedras, á hacer más cortantes sus perfiles, á servirse de ellas, así dispuestas, para diferentes usos, como eran cortar las carnes, desgajar las ramas, abatir los pinos y encinas y ahondar los huecos de las rocas, á cuyo abrigo descansaba. Por último, y mientras llegaba la hora feliz y remota de que la aplicación y uso de los metales abría al mundo nuevos horizontes y señalaba gloriosos derroteros, perfeccionaría aquellas armas é instrumentos, aguzándolos más esmeradamente, puliéndolos, abillantando su exterior, para encontrar en ellos mayores comodidades y más lúcido y agradable aspecto.

Y hé aquí trazada brevemente la historia de la edad de piedra. No otra cosa pudo suceder, y aunque las investigaciones contemporáneas no han disipado apenas las tinieblas de aquella edad, lo poco que se sabe confirma esta manera de ver las cosas, casi por adivinación.

Los arqueólogos han dividido la edad de piedra en dos grandes períodos, teniendo en cuenta el mayor ó menor perfeccionamiento de las armas y útiles estudiados, á saber: *paleolítico* (piedra antigua), y *neolítico* (piedra nueva). Como es natural, suponen que las piedras labradas con esmero y perfección son de tiempos muy posteriores á las toscas é imperfectas. Mas es preciso declarar que, en ocasiones, no señalará fecha más reciente una piedra bien labrada, con respecto á otra sin pulimentar, porque han de tenerse en cuenta las circunstancias de comarca, de raza y otras que alteran todos los cálculos. Así sucede, que en la Polinesia se encuentran hoy tribus que emplean lanzas de piedra y dardos de hueso, y sin embargo, son contemporáneas de los que usamos las preciosas armas de Zuloaga y de Toledo.

**PERÍODO PALEOLÍTICO.**—Pertenecen á él, como he dicho, las armas y útiles hechos de cuarzo, diorita, serpentina, jade, pizarra, cuarcita, etc. Estas piedras, y sobre todo los sílex ó cuarzós, ofrecen al romperse superficies planas, ó concoideas, aristas agudas y extremos puntiagudos. La textura de

estos minerales y su fractura por percusión, favorecen, con poca habilidad y práctica que se empleen, el deseo de quien necesita de un objeto cortante y aguzado. Todos sabemos que hasta el manejo del pedernal es tan expuesto á producir cortaduras como el cristal roto.

De dichas materias hizo el hombre primitivo puntas de lanza, cuchillos, hachas, estiletes, flechas, martillos, morteros, etc., y añadiéndolas un mango de madera apropiado á su destino, pudo servirse de todos éstos útiles con gran provecho. No se conoce perfectamente la disposición de que se servían para unir los mangos á las cortantes piedras, aunque algunas de éstas ofrecen ranuras, agujeros, etc., que indican el empleo de correas ó de algun ligamento vegetal. El Sr. Góngora, en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, asegura haber visto armas, cuyas partes se unían por un betun tan fuerte, que antes se rompe la piedra que el betun, si se las golpea.

**PERÍODO NEOLÍTICO.**—En él pierden las armas y útiles su primitiva rudeza, se adelgazan con más facilidad, se alisan y pulimentan, reciben formas geométricas, algunas veces muy delicadas, y revelan el ingenio del hombre y su industriosa perseverancia. Por eso, así como al período anterior se le dice de la piedra tallada, á éste se le llama de la piedra pulimentada. Como no parece de todo punto necesario el uso de los metales para la agricultura rudimentaria, se supone que en este período recogía el hombre, y aún cultivaba, los frutos de la tierra. Así lo consigna persona tan docta en estos asuntos como el Abate Bourgeois, en la Memoria que presentó en la sesión XXXIX del Congreso Arqueológico de Francia.

El mismo docto escritor atribuye á las hachas pulimentadas el carácter general de que tienen la extremidad cortante más larga que la opuesta. Las puntas de flecha y de lanza son las más curiosas de las armas de este período, porque ofrecen variedad de formas, que pueden verse en cualquier museo ú obra de estas materias. En ocasiones, se encuentran sitios donde hay tal abundancia de estas armas y de restos de las materias de que se sacaron, que se supone fundadamente la existencia de talleres dedicados á su construcción. Esto se ha dicho de gran número de lugares de Francia y de Suecia. Alguna vez hemos de visitar la estación prehistórica de Argecilla, en la provincia de Guadalajara, que, según el docto Sr. Vilanova, no es otra cosa que uno de esos talleres.

Lo singular es que á veces se ven estos objetos formados de una piedra no conocida en la comarca ó país en que se encuentran, lo cual demuestra palpablemente que proceden de otras regiones. Esto hace pensar en las emigraciones de las tribus primitivas, ó lo que sería más notable aún, en la existencia de una especie de comercio entre los diferentes pueblos de aquellas remotísimas edades. Y tratándose de esto, no puede limitarse la cuestión á las armas, sino que ha de atenderse también á las cuentas de collar, pendientes y otros objetos hallados en los monumentos de la edad de piedra. Así, pues, el Congreso Arqueológico de Francia, en la sesión mencionada, trató ya de aclarar esto, pero, á mi juicio, con pocos resultados. Usted, amigo mío, que conoce bien el asunto, opinará como yo.

Son innumerables los objetos prehistóricos que se encuentran en los dolmenes, turberas, cavernas, yacimientos, etc. Suecia sola, según Oscar Montelius declara al principio de su precioso álbum de antigüedades de su patria, asegura que se conocen más de 35,000 objetos de esta especie. Inútil es que pensemos en los muchos destruidos por el tiempo, ó sepultados todavía en las entrañas de la tierra. Se hallan en todos los países; sobre todo, en los que ocupan el Norte y el Occidente de Europa. Quizá abundan tanto como en Suecia ó en Francia en las demás naciones, ¡y vengan nuevos felicitísimos hallazgos á demostrar que esa raza ariana, celta ó lo que fuese, á quien parece deberse estos objetos, había llenado el mundo en otros siglos.

Muchos de estos objetos neolíticos ofrecen labores, ranuras, impresiones y agujeros para mayor comodidad y adecuado empleo. ¿Cómo se hacían estos trabajos? Es de suponer que sirviéndose de las materias duras y ásperas para modelar las más blandas. Pero, y el pedernal ¿cómo se horada?

(1) No puedo ménos de hacer aquí una declaración importante. Como en el artículo indico, estos asuntos, mal explicados ó entendidos, ofrecen algun riesgo. De ninguna manera pretendo que estas conclusiones son inconcusas, y ménos del todo contrarias á la opinión de personas respetables, que creen en la conservación de los elementos civilizadores durante la historia toda. Por otra parte, como algunas escuelas materialistas y heterodoxas se aprovechan de las cosas más sencillas para oponerse á la integridad de la revelación, especialmente en lo que se refiere á la cronología bíblica, ha de constar mi deseo de que encajen todas mis ideas en la doctrina católica. No debe escribirse de otra manera en un periódico católico, sabidamente dirigido, ni mi nombre, con ser im oscuro, puede alentar falsas doctrinas ni torpes intenciones. Insisto en que hay personas de ciencia y de respeto que han la posibilidad de que el hombre, por su propio valer y cultura, pueda elevarse desde el estado salvaje puro al civilización.



Green algunos, y cree usted que se conseguía esto con duros y aguzados huesos, trazando dos agujeros cónicos en sentido opuesto hasta que se encontraban los vértices de los conos. De todas maneras, grandes dificultades hallarían aquellos hombres salvajes para dominar las fuerzas vivas de la rebelde naturaleza.

Empleáronse en la edad de piedra los huesos para análogas empresas que las piedras, y también hay señales del uso de la alfarería y del tejido de ciertas materias, como el esparto. Mas como estas cosas son frágiles y perecederas, por raro y extraordinario se tiene el hallazgo de un trozo de vasija, de un hueso labrado ó de los restos maltratados de una vestimenta. Por eso la cerámica y la indumentaria de los tiempos primitivos adelanta poco.

Buscando los sabios las relaciones de coexistencia del hombre y los mamíferos notables, han llamado al período paleolítico, *época del oso de las cavernas (ursus spelus)*, y al neolítico, *del elefante y el rinoceronte*. Preténdese, en efecto, y lo comprueba el hallarse juntos en dichos períodos el

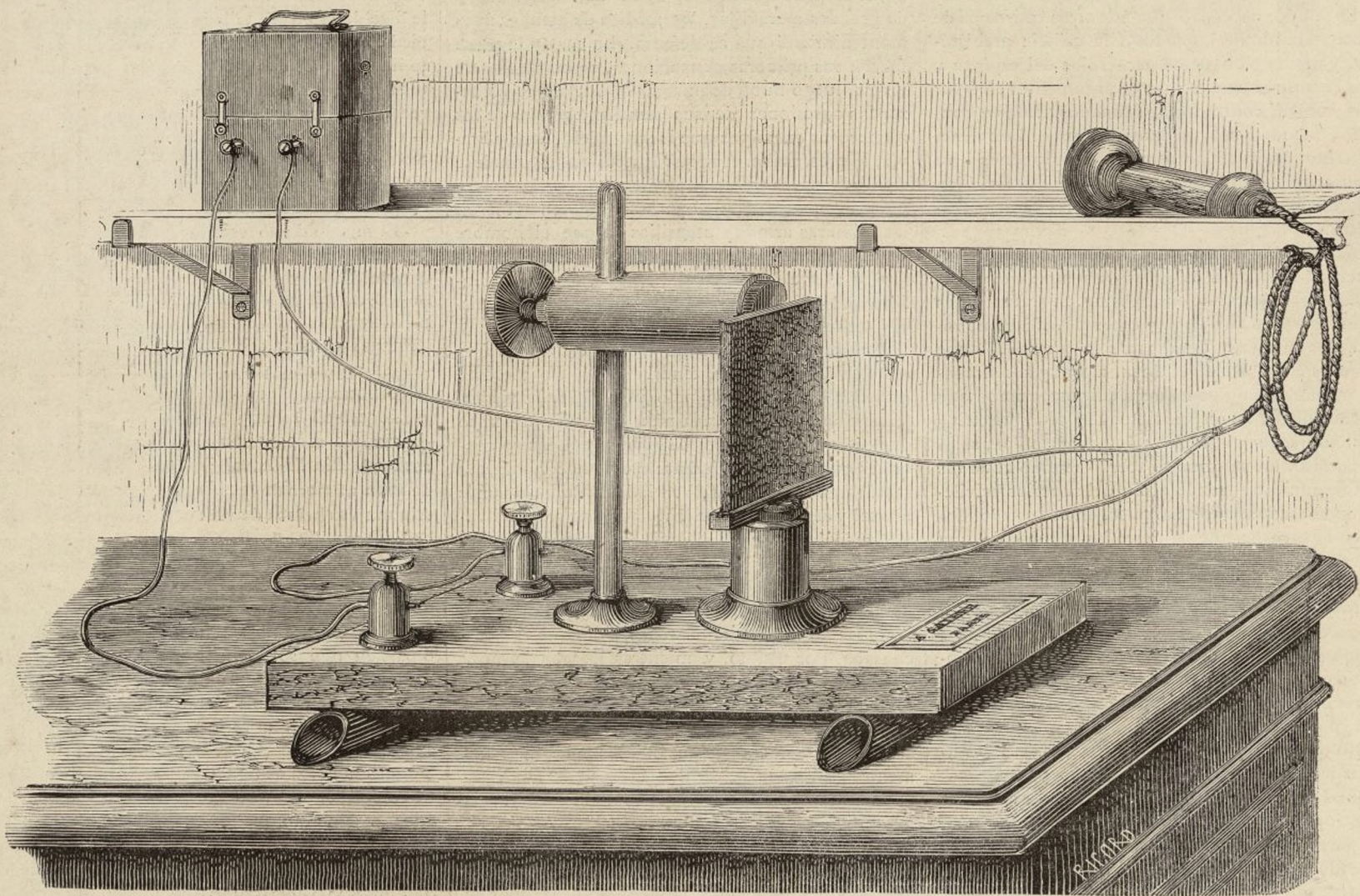
hombre y sus obras con los restos de esos animales, que juntos coexistieron; sólo que las grandes alteraciones climáticas, la persecución continua y los trastornos de la costra terrestre extinguieron algunas especies zoológicas y ahuyentaron á otras á más altas latitudes, como sucede con el reno, ó á más bajas, como sucede con el rinoceronte. Y estas ideas que aplican los naturalistas á la fauna, que podemos también llamar prehistórica, se atribuyen á la flora primitiva.

Bueno es también saber, para no perderse en esta nomenclatura de lo prehistórico, enrevesada, difícil y nueva, que hoy se habla mucho de lo que los suecos apellidan *Kjokkenmoddings*, palabreja de pronunciación endiablada, que algunos españoles han hecho más fácil, diciendo: *Kiokenmodingo*. Con ella se designan los vertederos de las cocinas prehistóricas (¡buenas serían ellas!), los lugares en que nuestros sencillos antepasados arrojaban las conchas, almejas, espigas de pescados y huesos chupados y sin tuétano. Parece evidente que los antiguos tenían mucha afición al tuétano.

Siempre han llamado la atención de las gentes, aún de las más cultas, estas armas y objetos de la edad de piedra. Tuviéronlas por rayos los romanos y hasta les dieron cierto misterioso culto, llamándoles *ceraunias*. Algo de esto sucede todavía en muchas provincias de España y con las personas indoctas, que al hallarse en los campos, sueltas y perdidas, esas piedras extrañas, no pueden concebir que sean obra del hombre, como no alcanzan que el fluido eléctrico pueda causar efectos materiales.

Á este propósito viene bien un recuerdo de mi infancia. En una tarde del estío hallábame yo con otros muchachos vagando por los alrededores del pueblo en que pasé mis años primeros, allá en el fondo de la Alcarria. De pronto acaeció una gran tempestad. Desde la concavidad de una roca en que nos resguardamos, vimos con temor y sorpresa, ó creímos ver que una chispa eléctrica había tocado en unas peñas á corta distancia situadas. Serenado el cielo, registramos el sitio donde la chispa debió caer, y dimos, no sin sorpresa, con una de las lla-

#### ADELANTOS MATERIALES



EL MICRÓFONO

madas piedras del rayo; en realidad, con una lanza prehistórica. Suponga usted ahora, amigo mío, si las nociones de meteorología que ya habíamos oído en la escuela, quedarían muy firmes á nuestros ojos. Tuvimos al maestro por un majadero, y á sus noticias sobre la electricidad, por falsas del todo.

Del culto y estimación que los antiguos tuvieron á estas piedras tendrá usted, de seguro, cabalísimas noticias. Si alguno de los lectores quisiese conocer algunas de ellas, muy curiosas, enténgase agradablemente en leer el artículo publicado por el Sr. Tubino en el tomo 1.º del *Museo Español de Antigüedades* para trazar sustanciosamente la historia de la arqueología primitiva.

Es menester que en nuestra patria cunda esta clase de conocimientos, y que los aficionados á los buenos estudios contribuyan á buscar y conservar los restos del pasado. Tal hombre, ilustrado en muchas otras cosas, se sentará sobre céltico monumento, sin advertir que es un dolmen interesante, ó romperá con indiferencia alguna hacha

primitiva, teniéndola por despreciable guijarro, ó plantará de viña un montículo que guarde en su seno seculares vestigios. Preciso es popularizar la ciencia prehistórica.

No tienen otro objeto este artículo y los que le sucedan. Usted sabe también que mis pobres noticias, expuestas en tosca forma, como si dijéramos, á la manera paleolítica, son el resultado de la mutua y cariñosa promesa que nos hemos hecho de decir algo á los lectores de la *ILUSTRACION CATÓLICA* sobre asuntos tan amenos é interesantes. Yo poco puedo decir, como se ha visto; pero usted, que tan especiales conocimientos tiene en estas materias; que tan bien conoce los museos arqueológicos de los reinos escandinavos y las antigüedades incomparables del Morbihan y de otras comarcas de Francia, debe aumentar, perfeccionar y depurar de errores este trabajo mío.

Menester es que así lo haga, y esto espera su buen amigo

JUAN CATALINA GARCÍA.

#### LA CIUDAD Y LA ALDEA

Hé aquí dos hermanas gemelas que, á pesar de todo, son irreconciliables enemigas, que se separan más cada día, y eso que la civilización y el progreso moderno en forma de alambres telegráficos y vías férreas, tratan de unir las.

La ciudad es el hermano mayor que dejó el paterno hogar para emprender una carrera literaria. Avezado al bullicio de los grandes centros, al trato de personas de distinguidas maneras, no se acostumbra á la paz de la aldea, y desdeña por rústicos los modales de sus hermanos y su inculto lenguaje.

A la ciudad con sus lujosos hoteles, sus tranvías, sus teatros, sus músicas y sus paseos, le parecen mezquinos los limpios portales de la aldea, y monotona la alegre ribera y el verde collado, y hasta olvida, en su orgullosa ingratitud, que su lujo y su fausto quizá se sostienen con las economías



y las privaciones que se imponen los habitantes de aquellas casitas que están agrupadas al rededor de un campanario, ó esparcidas aquí y acullá por las laderas de las montañas.

Para un hijo de la ciudad es insoportable eso de

levantarse al propio tiempo que el sol, escuchar la campana de la iglesia que saluda al astro del día, y aspirar la fresca brisa de la mañana, que está al dintel de la puerta esperando que abran para colarse murmurando los buenos días, y ofreciendo

los perfumes que ha recogido de las yerbas al pasar por las gargantas de los valles. También le parece monotonó contemplar todos los días las mismas vistas; por un lado, la montaña cuya falda surcan anchas pendientes, en las que ostentan sus ve-

## BELLAS ARTES



LA LECCION DE LA TARDE

tustas ramas la encina y el roble; por el otro, el valle en cuyo fondo corren apacibles las cristalinas aguas entonando siempre la misma cántiga, y siguiendo igual camino, como viajero condenado á no detenerse jamás, desgarrándose á cada paso en los peñascos que surgen en el lecho del río, ó de-

teniéndose en las presas para fertilizar las huertas que bordean la ribera, festoneándola de un verdor permanente. No ver otro horizonte que el que cortan las montañas que cierran el valle, y no tratar más gentes que las sencillas é ignorantes que en él habitan, y que sólo saben lo bastante para ser feli-

ces en esta vida y en la otra... ¡qué horrible monotonía!

En cambio, el cuadro de la ciudad es completamente distinto: allí, nos encontramos mil escaparates donde infinidad de objetos caprichosos, todos los días variados, son un incentivo constante al lujo.

Ayuntamiento de Madrid





Los teatros nos brindan espectáculos no muy morales á veces, pero donde se pasa admirablemente el tiempo, quizá amortiguando los buenos instintos ó pervirtiendo poco á poco el sentido moral.

Los cafés nos ofrecen constantemente sus admirables combinaciones químicas, que aunque minan la salud, alegran el corazón, ahogando entre los tumultuosos cantos de la orgía los gritos de la conciencia.

En los casinos, el juego, alimento eterno de todas las pasiones, abismo insondable, donde el hombre honrado, si cae, sale prostituido, produce violentas emociones, aunque sequen por completo el corazón y le cierren á todo sentimiento honrado.

En los paseos, mujeres á quienes la química y el arte prestan hermosura, atraen la atención.

Este es el cuadro brevísimo de todos los atractivos que la ciudad presenta, vestidos con brillantes colores, á los ojos del que en ella vive. ¿Y qué hay detrás? La miseria, la prostitucion y el hastío.

Las gentes del gran mundo, esos seres casi completamente inútiles, cuando no perjudiciales á la sociedad, para quienes la vida es la satisfacción de todos los goces de la materia, almas de alquiler, seres que alguien cree privilegiados, porque tienen siempre al alcance de su mano un puñado de oro para satisfacer todos sus caprichos, ¿son acaso felices? ¿No sienten constantemente y con más intensidad que la mayor parte de las gentes, ese inmenso vacío que solamente llena la satisfacción de los deberes cumplidos?

Los que, olvidándose por completo del espíritu, escuchan sólo la voz de la materia, no tardan en sufrir las consecuencias de aquel abandono, cayendo heridos por una enfermedad lenta que mata á veces á traición, á veces con estrépito: esa enfermedad que se llama el hastío.

El hastío no le conoce el pobre aldeano, que al rayar el alba camina cantando alegremente tras su yunta á cumplir la ley impuesta á la humanidad por Dios. Después de un penoso trabajo regresa á la tarde, al oír la voz de la campana que le llama al descanso, la misma voz que anunció al mundo su venida, la misma que ha de despedirle, y la que le recuerda constantemente el cumplimiento de sus deberes religiosos. El aldeano tiene creencias, sabe que esta vida es solamente un tránsito para otra mejor y más duradera, y acepta, no solamente con resignación, sino con alegría, su pobreza, en medio de la cual se conceptúa completamente feliz, siempre que los frutos de su trabajo le den lo preciso para pagar las mil gabelas que sobre él pesan, y cubrir las escasas necesidades de su familia.

En la aldea, con la ignorancia que allí impera, jamás se cometen esos crímenes cuya enormidad conmueve de tiempo en tiempo á las sociedades cultas, y cuyos detalles revelan una depravación sin límites; tampoco allí cabe esa farsa continua, que constituye uno de los elementos principales de la vida de las grandes poblaciones.

¡Bendita mil veces la aldea, donde se cree y se reza, y donde la palabra de un hombre es de más valor que una escritura hipotecaria!

Quizá estas ideas influyen poderosamente en mi ánimo y exageran la justicia de mis sentimientos; pero me sucede que siempre que desde el camino que conduce á la aldea, donde he pasado los años más dichosos de mi vida, diviso por entre las copas de los árboles el medio derruido campanario de su pobre iglesia, siento una emoción extraordinaria; siento que el corazón se me ensancha, y que algo acude á mis ojos pugnando por salir; me parece que aquellos árboles, antiguos conocidos, al agitar gallardamente sus copas á impulso del fresco viento, me dan la bienvenida; me parece que me encuentro por completo rodeado de amigos y deudos... En cambio, cuando al descender del wagon del ferro-carril, la luz del gas viene á herir mis pupilas, y cuando llega á mis oídos ese murmullo incesante de la ciudad populosa, siento en el alma una gran opresión, y me parece encontrarme rodeado de enemigos por todas partes... Y es que la atmósfera física y moral de las grandes ciudades lesionan el cuerpo y el alma.

S. M. GRANIZO.

## UNA MONEDA DE DOS CUARTOS

No soy más que una moneda de dos cuartos; pero para hallar los metales de que estoy compuesta ha sido preciso descender á las entrañas de la tierra; y para formarme, han trabajado veinte manos diferentes, grabando, para honrarme, en uno de los lados la efigie del Rey.

Tan hermosa y brillante parecí el día de mi nacimiento, que no faltó quien enamorado de mí me comprase por un real; pero ¡ay! ¡cuán distante se halla aquel tiempo! Hoy me encuentro cubierta de manchas, que son otras tantas arrugas, y la imagen del Rey hállase en mí casi borrada.

Ayer con otras compañeras mucho más jóvenes que yo, me hallaba en el bolsillo de una pobre mujer que quería comprar sal; pero el tendero, después de mirarme y remirarme y de darme cien vueltas, ¡se niega á recibirme!... Soy superior á toda injuria, pero me obligo á considerar que la pobre mujer no tenía con qué sustituirme.

No soy más que una simple moneda de dos cuartos; pero Dios sabe la multitud de servicios que he hecho.

No tengo coches ni buques, y sin embargo, he viajado más que Stanley y Livingstone. Con frecuencia he vuelto á los mismos países y á las mismas manos donde antes me había hallado, con la diferencia de encontrarlas delgadas y marchitas cuando las había dejado frescas, pequeñas y rosadas.

Siempre he sido bien recibida en España, en América y en el Polo Norte; pero siempre me ha colmado de alegría volver á mi patria, á quien, cuando me veía obligada, dejaba con hondo pesar.

No soy más que una moneda, una monedita de dos cuartos, pero tengo algún valor. No me gasteis superflamente, niños míos, y por mi medio aprended la economía que enriquece; aprended la dulce limosna, que enjuga la lágrima del pobre; aprended la caridad, que abre las puertas del cielo.

Segun obreis conmigo, obrareis después con el oro y con la plata. No soy más que una moneda de dos cuartos, queridos niños; una pobre moneda de dos cuartos, pero represento la golosina que tanto os gusta, y el juguete que tanto os divierte.

Yo soy la sonrisa del huérfano y la bendición del anciano, á quien me habeis dado de limosna, y al caer de vuestra mano en la del menesteroso, os devuelvo como un eco la oración del agradecimiento y de la fé.

No soy más que una pobre y borrada moneda de dos cuartos, pero no creais que por eso soy insensible. Me alegro y me entristezco segun el empleo que de mí se hace. Muchas veces me han perdido, y durante mi vida me han robado ocho veces, lo que todavía me avergüenza.

Me enoja cuando descubro fraude en lo que se compra mediante mi valor, y el regocijo se apodera de mí cuando se me da de limosna. ¡Oh, entonces quisiera yo cambiarme en una moneda de cinco duros!

No soy más que una moneda de dos cuartos, y sin embargo, me reciben en los palacios y en las bohardillas, en las cajas del banquero y en la hucha del pobre: todos los bolsillos tengo abiertos; todos los bolsillos se abren para recibirme.

He tenido mis días de tristeza y de cautividad. Recuerdo haberme hallado por espacio de cinco años prisionera de un viejo avaro que me tenía cautiva en una olla de barro. No me hallaba con mala compañía, puesto que me rodeaban monedas de oro y plata; pero esta rica vecindad no me hacía feliz, porque yo no era libre.

No os hablaré de mis sufrimientos y de mi desesperación; baste sólo decir que lo que mayor dolor me causaba era el de permanecer inútil y sin empleo, cuando tantas personas honradas necesitaban de mi auxilio.

No soy más que una ruín moneda de dos cuartos, y sin embargo, he sido el héroe de muchas historias: he sufrido muchos tribulaciones y he sentido íntimas y profundas alegrías.

Un día jugaban conmigo en el Prado varios niños: pasa por allí un pobre anciano, se detiene, descúbrense y tiende suplicante la mano; pero ocupados con sus juegos los niños, ni siquiera le miraron; más yo ví, y todavía me parece ver al venerable viejo encorvado sobre su bastón, con los

pies en el polvo y fijos los ojos en el cielo, siguiendo con su lánguida y dolórosa mirada las curvas que yo describía en el aire.

¡Ah, si hubiese tenido alas cuán pronto hubiera dejado á los niños para ir á posarme como un pajarito en la temblorosa mano del pobre!

No soy más que una medio borrada moneda de dos cuartos; no tengo el retintín de la plata ni el brillo del oro; soy ya vieja; soy fea. El cardenillo me invade, la herrumbre me empieza á cubrir, y sin embargo, no se me desprecia, porque durante mi vida he hecho mucho bien. Soy el óbolo del pobre y el don de la viuda, tan preciados ante los ojos de Dios.

No soy más que una pobre moneda de dos cuartos; pero el Domingo caigo, en medio de las preces del sacerdote, en el cepillo de las ánimas y enjugo una lágrima del purgatorio, consolando y rescatando á la pobrecita alma que me espera. Soy la ofrenda del recuerdo y de la fé.

No soy más que una sencilla moneda de dos cuartos, pero un día me han visto levantar en todos los puntos de la Cristiandad y dirigirme como un peregrino á la ciudad de los Apóstoles. Allí he contribuido á formar una base más alta que la de la columna de Trajano; y vil metal, iluminado por los rayos de la fé que me guiaba, adquirí á lo largo del camino el dulce brillo de las perlas y el fuego de los diamantes.

No soy más que una borrada moneda de dos cuartos: no habito ni en la gaveta del banquero, como el billete de Banco, ni en los bolsillos de seda y terciopelo, como las monedas de oro; pero no por eso tengais pena por mí, porque vivo entre los pequeños, los sencillos y los desgraciados, á quienes amo; porque vivo en el bolsillo del niño, en la hucha del pobre y en la mano del desterrado.

Yo me llamo ahorro; yo me llamo Caridad.

V. SUAREZ CAPALLEJA.

## EL PAJARO Y LA GOTA

Entre el follaje tierno  
De un árbol, escondido,  
Sus mágicos amores  
Cantaba un pajarillo;  
Miraba al cielo hermoso,  
Saltando en su retiro;  
Hinchaba el cuello ufano,  
Y un mar de dulces trinos,  
De notas y gorgoros,  
Llovían de su pico.  
¡Qué tiernas melodías!  
¡Qué cántico divino!  
Soplaba leve brisa,  
Y el joven arbolillo,  
Meciendo rumoroso  
Sus frescos atavíos,  
Al suelo sacudía  
Brillantes de rocío;  
Cayóle á la avechilla  
En ojo cristalino,  
Del líquido, una gota;  
Y triste el pajarillo,  
Dejando albergue ingrato,  
Huyó despavorido.

Así, lector amado,  
El mundo, en el bullicio  
De cantos y placeres,  
De locos desvaríos,  
Derrama gota amarga,  
Que en fruto desabrido,  
Convierte los más dulces  
Sabrosos y exquisitos.

M. POLO Y PEYROLON.

## EL CASTILLO DE TERCIOPELO

NOVELA

DE PAUL FÉVAL

TRADUCIDA POR

BALBINA DE ANTÚNEZ

(Continuación)

A lo largo del jardín del palacio de Noyal corría la calle de Hue, que hoy día se llama el Arrabal de Paris. Unas tierras de cultivo separaban la calle de Hue de la irboleda de Onges, estrecho y sombrío



paseo de tilos que seguía toda la orilla del río. Siguiendo hacia arriba el hermoso curso del Velaine, se atraviesa un valle florido, todo sembrado de casas de campo de familias de la clase media. Una cadena de colinas, que llaman las cuestas de Conasmes, corta el valle por el Sudoeste, y por encima de sus aplanadas cumbres distingue la vista otra cadena de montañas bajas, perdidas en el horizonte nebuloso.

A mediados del siglo XVIII, la selva de Rennes extendía hasta allí sus espesos bosques. Desde los terrados del palacio de Noyal se podía ver, más allá de los últimos árboles de la selva, la fachada de un castillo de muy buen gusto, que parecía dominar todo el paisaje. Era el hermoso castillo del Grail, que se llamó después el Castillo de Tercio-pelo. Pertenecía a Enrique del Grail, conde de Lacuzan.

El conde Enrique (pues al cabo es menester que hagamos conocimiento con este elegante caballero), tenía veinticuatro años en la época en que comienza nuestra historia. Había recibido el cordon de la Orden a los veinte años, detrás de Fontenoy.

No era enteramente un advenedizo, porque su padre había sido ya conde antes que él, y brigadier de los reales ejércitos. Sin embargo, los Grail no pertenecían a la más alta nobleza del país, y el conde Enrique podía atribuir gran parte de su fortuna a su propio mérito.

Su buena maña no echaba a perder nada, ni aún los castillos, alquerías, molinos, prados, tierras de pan llevar y arbolados de que tenía peste.

Había vivido con la corte en París, conocía el mundo al dedillo, pero permanecía breton, porque así le agradaba.

En Rennes, como en otras partes, se acostumbraba a ocuparse del prógimo algo más de lo que es necesario. Se ocupaban, pues, muchísimo de Enrique. El tiempo que había pasado en la corte suministraba asunto para algunas docenas de historias, en que Lacuzan desempeñaba un papel caballeresco.

La maledicencia pública hizo de él un rompecorazones, y las mujeres se constituyeron inmediatamente en sus admiradoras. Es una ley constante. La fama de don Juan se adquiere de la misma manera que la parroquia de un dentista.

### III

#### Lacuzan y su retrato al pastel

El conde de Lacuzan era harto mejor que su fama. Nada había de comun entre él y el banal personaje cuyo tipo representaba entonces el general de Richelieu, y a que se llamaba un hombre «afortunado.»

Por el contrario, poseía un claro talento y un noble corazón: la prueba es que tenía todos los enemigos, grandes y pequeños, que puede tener, así en provincias como en París, un caballero que se da el suficiente tono para no parecerse a todo el mundo.

No se le podía echar en cara nada determinado, pero cada cual le miraba como capaz de todo, por lo mismo que no tenía el talante de los hombres adocenados, que no son capaces de nada.

Los envidiosos, los necios, los comerciantillos las comadres de la nobleza (también las hay), la infima capa de charlatanería, toda esta gente había formado una liga sorda contra Lacuzan, liga en que entraban, como de ordinario acontece, muchas buenas personas que ni aún le conocían.

La joven Guillermina Barbedor, especiera de la tienda llamada de «La Pelota grande;» el señor Saturnino Mormichel, vendedor de tabaco en la tienda que tenía por divisa «La Gran Zanahoria;» el antiguo caballero de Badabreux, solteron, y las cinco hijas de Trecoché, tenderas del mercado, contaban, a propósito de Lacuzan, historias sin pies ni cabeza, que indignaban a unos y hacían reír a otros, pero que, en suma, daban al buen conde una reputación detestable.

Muchas elegantes damas escuchaban aquellas cosas como quien lee una novela; muchos buenos señores, pertenecientes a la categoría de esos que se desviven por merecer el dictado de calaveras, envidiaban a Lacuzan su reputación de vampiro.

Las damas elegantes aparentaban ser enemigas de Lacuzan.

Los buenos señores candidatos al diploma de calaveras, y las damas menos favorecidas por la

naturaleza eran realmente enemigos del conde; entre otras, la vizcondesa de Le-Brec del-Lartz-de-Cramayeuil-en-Gevezon-las-Fossées-sobre Papayoux la vizcondesa de Landivisy, la vizcondesa de Margamel, la vizcondesa de Galironet, la vizcondesa de Honnichic, y no sé cuántas más vizcondesas, cuyos nombres, con descortesía imperdonable, ha olvidado la historia. Lo mismo les pasaba al vizconde de Tregaradeuc, al vizconde de Kergomilio y al vizconde de Coatizillimeur.

La señorita Guillermina Barbedor, el señor Saturnino Mormichel, el solteron Badabreux y las cinco tenderas Trecoché eran igualmente enemigos de Lacuzan, y aún otros ciento y otros mil.

No había nadie, ni aún el señor Vivé, portero del palacio de Noyal, que no fuese enemigo de Lacuzan.—Sí; ¡hasta el señor Vivé!

Lacuzan era demasiado rico, demasiado hermoso, demasiado feliz...

Pero el más rabioso enemigo de Lacuzan era Malbrouk el volatinero. Vereis por qué.

Había entonces en los contornos de Rennes y en otras muchas partes de Bretaña una epidemia, que la tradición nos ha dado a conocer con el nombre de *mal de infierno*. Era una especie de viruela menuda muy maligna y contagiosa. Atacaba al cutis después de haber corrompido la sangre.

No todos los casos eran mortales, pero era muy raro que la curación no dejara horribles señales en el rostro.

Los que habían tenido el *mal de infierno* quedaban desfigurados para toda su vida.

La epidemia había hecho grandes estragos en la selva de Rennes, al rededor del castillo del Grail, y Lacuzan había llevado de la ciudad a su propio médico para asistir a los pobres de sus dominios.

El médico, que después de todo era un buen hombre, llevaba consigo todo género de sales y vinagrillos cuando entraba en las cabañas apestadas. Lacuzan le seguía siempre, y no llevaba nada, sino escudos de seis libras, que daba a los que carecían de medicinas ó de alimentos.

El médico cogió la viruela, a pesar de haber evitado todo lo posible el tocar a los enfermos. Lacuzan, que había dado sendos apretones de manos a los que estaban más graves, conservó su bella palidez y no tuvo ni siquiera un acceso de fiebre.

¿Creeis acaso que la multitud aplaudió a Lacuzan? Pues nada de eso. Las vizcondesas dijeron simplemente: «Eso no es cierto.» Los capitalistas dijeron lo mismo. La señorita Guillermina Barbedor, el señor Saturnino Mormichel, el caballero Badabreux y las cinco hijas de Trecoché se encogieron de hombros, y el buen Vivé dijo a todo el que quiso oírlo que aquello era pura brujería.

No se gastaban en Bretaña bromas con las brujas. En los barrios bajos de Rennes, cuando pasaba Lacuzan le hacían la señal de la cruz, como se le hace al enemigo malo.

Todo esto era muy natural y no había gran daño en ello. Un hombre de corazón hace el bien, porque debe hacerlo.

El que hace el bien para ser recompensado aquí abajo con la gratitud ó de cualquier otra manera, no es más que un fátuo.

Peor que un fátuo: un necio.

Peor todavía: un ente peligroso. Porque llegará un día en que este hombre, herido por la ingratitud humana, se hará un malvado.

Lacuzan continuó dando la mano a los moribundos de la *peste infernal*; aquella mano siempre abierta y jamás vacía. Su reputación de brujo creció y se asentó sólidamente; pero nada se habló de su caridad.

Una tarde que Lacuzan volvía a pie de su castillo del Grail, encontró un moribundo tendido en medio de la senda. Era una víctima de la viruela maligna. Lacuzan se echó el moribundo sobre sus hombros y continuó su camino.

Lacuzan era fuerte, pero el camino era demasiado largo, y al cabo de una media hora no tuvo más remedio que hacer alto y posar sobre la yerba su pesada carga. El paciente se quejaba y se retorcía. Lacuzan vió de lejos a un hombre de arrogante figura que en dirección a él venía por la senda cantando.

—¡Hola! ¿Quién va?—le gritó.

El desconocido acudió a su llamamiento.

—Ayúdame a llevar a este desgraciado,—le dijo Lacuzan cuando le tuvo cerca.

Malbrouk, pues el recién llegado era Malbrouk, reconoció de un vistazo, en el semblante del enfermo, las señales inequívocas y terribles de la epidemia, y dió bruscamente un salto hacia atrás.

—¡Que toque yo a un enfermo del *mal de infierno*!—exclamó.

—Te daré dos luises de oro,—añadió Lacuzan.

—Me daríais cincuenta balazos...

Lacuzan, que era poco aficionado a la discusión, le puso a Malbrouk la mano en el cuello, sin dejarle concluir la frase, y le dijo:

—Yo pago muy de grado a los pillos como tú cuando no me replican. Cuando me replican, los doy de palos.

Lacuzan era enérgico a su manera. No tengo la pretensión de hacerle pasar por un santo.

Malbrouk se echó a reír. Como que era el Hércules de su clase.

—¡Ah!—dijo echando una mirada al rededor por la campiña solitaria:—¿esas tenemos, señor hidalgo?

Cerraba la noche, el camino estaba desierto, y Malbrouk pensaba ya de este modo:

—¡Nadie sabrá que le he aplastado la cabeza contra el tronco de ese roble!...

Y miraba al tronco del roble después de haber mirado a la cabeza de Lacuzan.

Pero no había contado con la huésped.

Lacuzan, que leía su proyecto en su mirada feroz, le apretó el cuello. Malbrouk se puso de color de escarlata y echó la lengua afuera.

—¡Oh, señor mío,—dijo cayendo de rodillas;—no me mateis: yo haré todo lo que queráis!

(Se continuará.)

## LA ISLA DE CHIPRE

La isla de Chipre, que Turquía ha cedido a Inglaterra para comprometerla en la alianza defensiva contra el coloso del Norte, es en importancia la cuarta isla del Mediterráneo. Debe ser contada inmediatamente después de Sicilia, Cerdeña y Córcega, pues tiene una superficie de cerca de un millón de hectáreas.

La situación geográfica de Chipre es admirable: la isla de Chipre domina las costas de Siria, de Caramania, la entrada del Archipiélago y la entrada del Canal de Suez. En manos de Inglaterra será una posición estratégica de primer orden; que asegurará a los ingleses la dominación de toda la parte oriental del Mediterráneo.

Chipre tiene en Famagosta los elementos de un puerto de guerra de primer orden, y no cabe la menor duda de que Inglaterra sabrá aprovecharse de estos elementos y engrandecer el puerto actual, en el cual no se ha trabajado desde el imperio de los venecianos sobre los mares. La rehabilitación de las antiguas fortificaciones, debidas al ingeniero Martinengo, convertirán a Famagosta en una plaza de guerra de primera importancia.

Además del indicado puerto, tiene la isla el pequeño puerto fortificado de Karinía, guardando la parte de Caramania; el de Sirmaso al Sudeste, y la rada de Lanarca al Este.

Chipre se vió grandemente poblada bajo los romanos y bajo la dominación griega; hoy apenas tiene 80.000 habitantes, de los cuales dos terceras partes son de raza griega. El detestable régimen de los turcos la ha empobrecido y arruinado; las fértiles llanuras de Mesora ya no producen grandes cosechas; el agua falta, a causa de la incuria administrativa é individual. La presencia de los ingleses, de esta raza tan activa y práctica, y tan apta para dar nueva vida a las colonias, transformará la isla.

Dejando aparte en este momento la cuestión política, debemos confesar que la isla cambiará de aspecto en menos de diez años. Las tierras, los montes y clima son excelentes; Inglaterra construirá caminos, ferro-carriles y los pozos artesianos necesarios, dotando por otra parte a la isla de una buena administración; y sabrá encontrar en la población, principalmente en los individuos de la raza griega, elementos a quienes sacará de la apatía en que viven, la seguridad del bienestar y la certeza de que sus trabajos no serán provechosos únicamente a una administración fiscal tan torpe como codiciosa.





Segun las declaraciones del gobierno en el Parlamento, el sobrante de las entradas de la isla será entregado al Tesoro de Turquía. Hé aquí una cláusula de gran importancia para la situación económica de la Puerta. Chipre posee ricas salinas. Sus elementos de prosperidad agrícola darán dentro de breve tiempo grandes entradas al fisco, y nadie puede dudar de las grandes cantidades que por este medio puede alcanzar Turquía.

El nombre de la isla tiene su origen en las ricas minas de cobre que Chipre contiene. Fué conquistada por los turcos en 1571 bajo el imperio de Selim II, y entonces tenía más de 400.000 habitantes.

La cima más elevada de la region montañosa es el pico de la Santa Cruz, antiguo Olimpo, que tiene 2.000 metros. La vegetación era antiguamente tal, que los antiguos la comparaban á la de las más fértiles del mundo.

Los turcos llaman á la isla de Chipre Kibris, los griegos Kypros, los ingleses Cyprus y los alemanes Cyprien. La isla de Chipre dependía del gobierno superior de las islas otomanas del Mediterráneo, y está colocada entre los grados 30 y 32 de longitud oriental, 34 y 36 de latitud septentrional; tiene 320 kilómetros de largo y 120 de ancho.

Como nuestros lectores saben, fué conquistada en 1191 por Ricardo Corazon de Leon, y dada después á los templarios. En 1483 pasó á manos de Venecia, quedando en poder de aquella república hasta que Selim II logró apoderarse de Chipre en 1571. Los reyes de Saboya, fundándose en antiguos derechos, han llevado hasta hace poco el título de reyes de Chipre.

Las riquezas minerales de Chipre no son explotadas actualmente. Los productos que ahora logran en sus puertos algun comercio, son los vinos, trigo, seda, aceite, algodón, lanas, mantas, tejidos y bordados.

Los mahometanos que pueblan la isla, recuerdan, por su fanatismo é ignorancia, á los primeros tiempos del islamismo.

## MISCELANEA

Son curiosos los siguientes datos acerca de la populosa ciudad de Londres:

Segun el censo de 1871,—último publicado,—Londres cuenta 3.264.530 habitantes (447.815 más que en 1861), sin incluir los suburbios.

La ciudad tiene sobre 1.100 iglesias y capillas y cerca de 1.800.000 casas, de las cuales 467 son hoteles ó fondas, 1.730 restaurantes y cafés y 7.500 cervecerías y despachos de bebidas alcohólicas.

Tácito dijo ya de ella que *copia negotiorum et commeatu maxime celebris*; y hoy, duplicada su extensión en los últimos 50 años, mide 16 millas inglesas del Este al Oeste y ocho del Norte al Sur, cubriendo una superficie de 122 millas cuadradas, sobre la cual se cruzan 7.400 calles, formando la longitud total de 2.600 millas, iluminadas por más de un millón de luces de gas, que consumen 28 millones de pies cúbicos diariamente.

Hay en la capital 2.800 sastres, 2.000 modistas con tienda abierta, 4.000 maestros zapateros y el correspondiente número de oficiales, y 300.000 criados de ambos sexos.

En 1875, la población de la ciudad y de los arrabales se calculaba en 4.025.700 almas.

Londres consume anualmente 400.000 bueyes y vacas, millón y medio de carneros, 130.000 terneras, 250.000 cerdos; ocho millones de piezas entre toda clase de aves, 400 millones de libras de pescado; 500 millones de ostras, 1.200.000 langostas de mar y tres millones de salmones.

Beben sus habitantes en el mismo período 180 millones de litros de *porter* y *ale*, ocho millones de litros de licores, 31 millones de litros de vino, y la cantidad de agua suministrada á las casas por las nueve *Water companies* asciende á 180 millones de litros diarios.

Próximamente mil barcos la llevan 60 millones de quintales de hulla cada año, á los que se debe añadir todavía otros 20 millones conducidos por los caminos de hierro.

La suma total que gastan anualmente los vecinos de Londres asciende á cuatro millares y 250 millones de pesetas; el número de buques recibidos en igual espacio en su puerto, á 80.000, y el valor por término medio de las mercancías que se exportan por el Támesis, á dos millares y 500 millones de pesetas.

Con semejantes datos es posible imaginar lo que son Londres y su riqueza.

\*\*\*

Segun las noticias oficiales, los pintores españoles han obtenido los siguientes premios en la Exposición universal de París:

Medalla de honor, Sr. Pradilla.

Primeras medallas, Sres. D. Federico Madrazo y su hijo D. Raimundo Madrazo.

Segunda medalla, Sr. Domínguez.

Terceras medallas, Sres. Rico y Plasencia.

Mención honorífica, Sr. Rivera, pintor español en París.

Además se han dado tres grandes diplomas de honor para nuestros pintores difuntos, Sres. Rosales, Fortuny y Zamacois.

## EPÍGRAMAS

—¿Qué tiene usted, doña Inés?  
—Me duele tanto esta muela!  
—¿No quiere usted que le duela  
Si la tiene del revés?

E. FORENTINO SANZ.

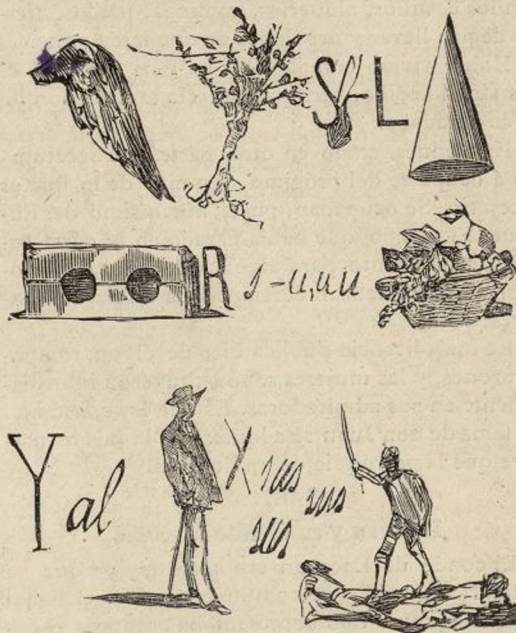
En Madrid, un vizcaino  
Admirado se quedó  
Cuando pequeñito vió  
Tanto muchacho doctriño.  
Después de veinte años, vino,  
Y como ellos se parecen,  
Más cuidados le merecen,  
Y espantado dijo á dos:  
—Juras demonias á Dios  
Que estas muchachos no crecen.

NICOLÁS F. MORATIN.

## SOLUCION AL JEROGLÍFICO DEL NÚMERO ANTERIOR

*El Rey del mundo es el dinero,  
pero ¡ay de los súbditos de ese Rey!*

## JEROGLÍFICO



*La solución en el número próximo.*

Imprenta de LA ILUSTRACION CATÓLICA, Villa, 4

## SECCION DE ANUNCIOS

### RETRATOS Y LAMINAS

Bellísimos retratos de Su Santidad Pío IX y de Leon XIII, estampados en papel casi cartulina, de las dimensiones de 46 por 30 centímetros, y al infimo precio de DOS REALES CADA EJEMPLAR.

También hay de venta dos magníficas láminas, que representan LA CONCEPCION, de Murillo, y la APOTEOSIS DE SU SANTIDAD Pío IX, estampadas en papel superior, de 40 por 28 centímetros de dimension, al precio de REAL Y MEDIO CADA EJEMPLAR.

Tomando de cien ejemplares en adelante, se rebaja un 25 por 100.

Punto de venta, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

### CROMOS

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta administración al precio de 6 reales ejemplar.

### LA DAMA DEL REY

DRAMA HISTÓRICO EN TRES ACTOS Y EN VERSO  
POR D. VALENTÍN GÓMEZ

Se vende á 8 rs. ejemplar en esta Administración, y en la Lírico-dramática de D. Eduardo Hidalgo, calle de Sevilla, 4, pral.

### LA ILUSTRACION CATÓLICA

se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurran en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Salé á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

A pesar de los excesivos gastos que la importancia de las reformas introducidas en esta publicación nos ocasionan, constantes en la idea de satisfacer la imperiosa necesidad que se deja sentir en el seno de la familia española de una publicación de esta índole, que proporcione grato esparcimiento al par que instructivo recreo, hemos procurado (y creemos haberlo conseguido) que su adquisición continúe al alcance de todas las fortunas, de manera que pobres y ricos puedan sin sacrificios poseer esta elegante Revista, como puede observarse en los precios de suscripción que insertamos á la cabeza del periódico.

Los Sres. Suscritores á los diarios *La Fé* y *El Siglo Futuro*, seguirán disfrutando de la rebaja de dos reales en el importe de sus abonos por trimestre y semestre, y de cuatro reales por año; pero han de hacer el pago directamente en nuestra Administración.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

### PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID.—En la Administración de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de provincias que prefieran entenderse directamente con la Administración, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero éstos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATÓLICA, calle de la Villa, núm. 4, Madrid.

### LOS LIBERALES SIN MÁSCARA,

POR

D. VALENTÍN GÓMEZ

Esta obra se vende á 4 rs. ejemplar en la Administración de este periódico, y en las principales librerías.

A los señores libreros y corresponsales que pidan de doce ejemplares en adelante se les hará una rebaja del 25 por 100.

### DE LA VIDA Y DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

CONSIDERADAS EN EL ESTADO RELIGIOSO

obra escrita en francés por M. C. GAY,

Obispo de Anthon. Auxiliar del de Poitiers

traducida de la 7.ª edición

POR GABINO TEJADO

Tres tomos, 8.º mayor, á 12 reales cada uno para los que se suscriban desde luego, abonando al recibir el primero y segundo tomos, ya publicados, el importe total de la obra.

Está ya en prensa el tercer tomo, y en breve se publicará, siendo entonces 48 rs. el precio de la obra.

Se suscribe en la librería de Tejado, calle del Arenal, 20, Madrid, y en las demás librerías católicas, como también en las Administraciones de los diarios *El Siglo Futuro* y de *La Fé*, y de las Revistas católicas.